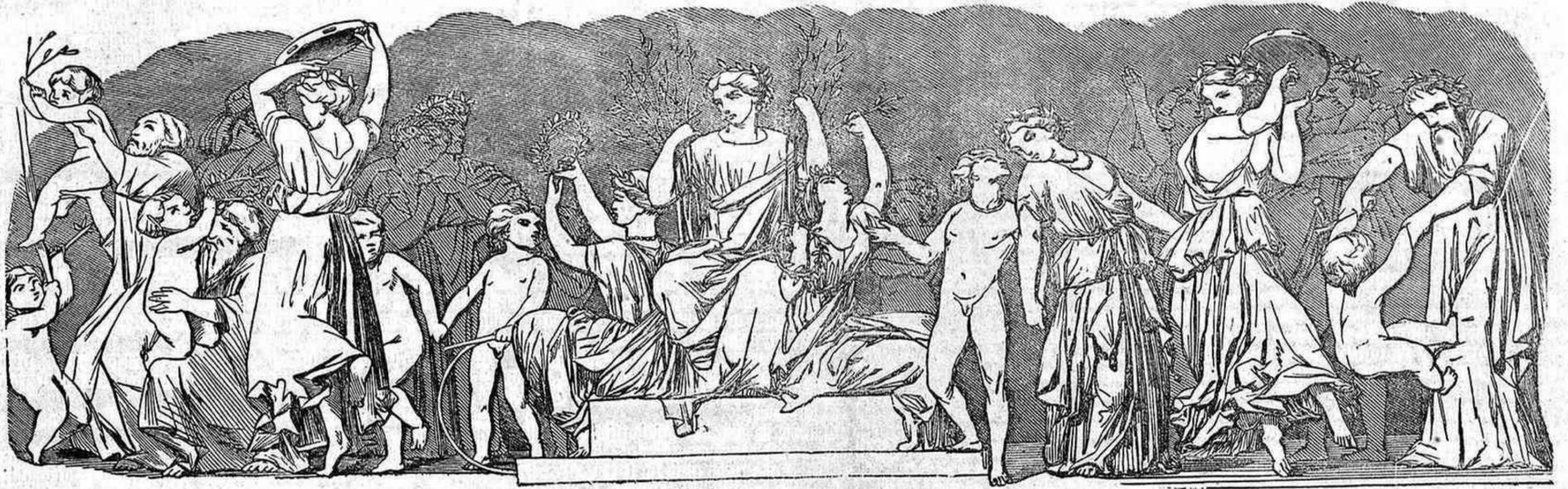


LA ILUSTRACION, SUPLEMENTO.



AGONIAS DE LA CORTE.

(Continuacion.)

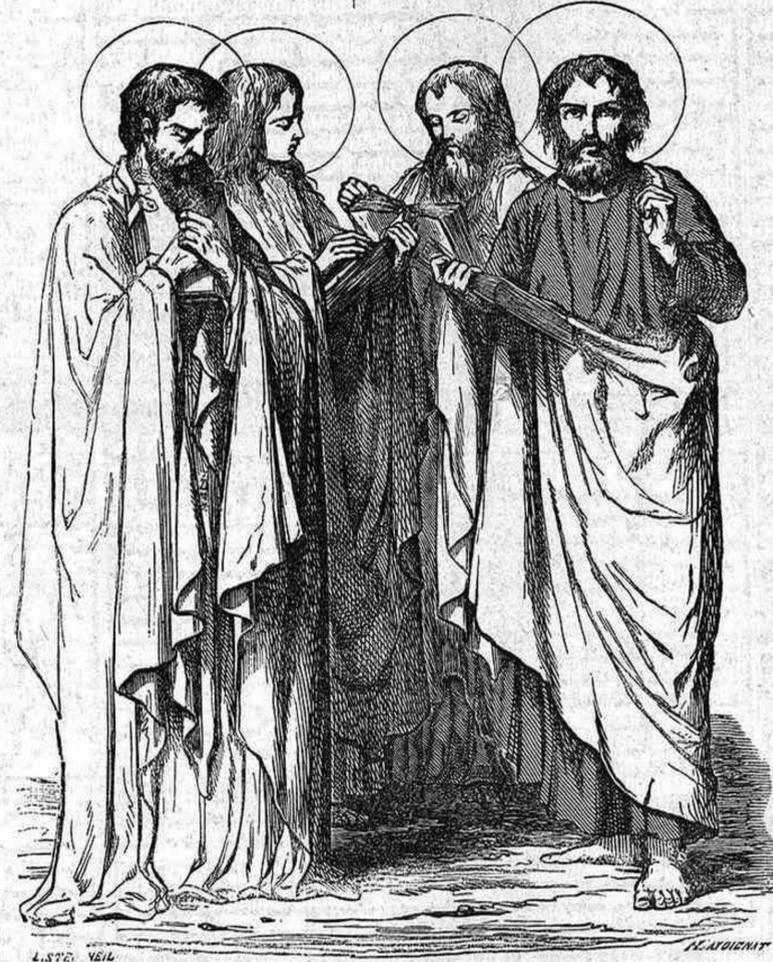
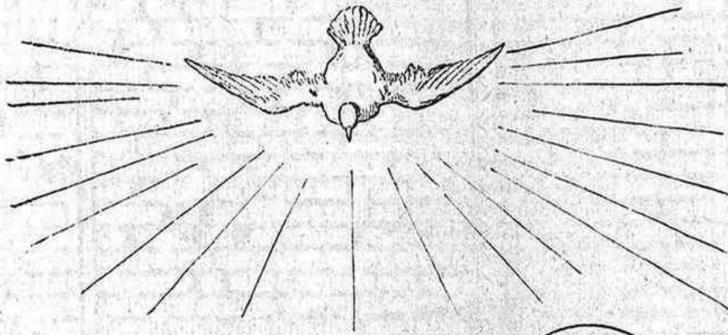
¿Con qué esperanzas venia yo á la corte? Con ningunas. ¿Con qué recursos contaba para vivir en ella mejor que en otra parte? Con muchos; con todos los recursos de la paciencia y con todos los tesoros del sufrimiento con que cuenta el que ha vivido, vive, y sabe que vivirá mal en todas partes, y en todas partes entregado á lo que buenamente pueda sucederle.

Lucía vino muy alegre, cosa muy natural, en razon de que cuanta mas gente la viera, mejor para ella, porque era muy hermosa. El placer de enseñarse es sentido y apetecido por todas las cosas bellas de este mundo, y el pavo, que es un animal bastante estúpido, y que allá á su modo debe ser muy bello, y estar muy en ello, no bien se ve delante de gente, cuando se hincha de placer, y goza él solo, mucho mas que todos los que le miran, en hacer la rueda. Yo tambien vine alegre, porque Lucía lo estaba, y no me metía yo en mas averiguaciones. Para ponernos alegres con alegrías ajenas, no hay como no buscarlas el origen, que puede ser tristeza pura para quien le busca, y mas pura, cuanto mas le interese la persona que se rie. Mi padre no venia muy alegre, porque era un hombre muy medido en sí, y luego habia vendido una casaca de uniforme y siete cruces, cuando procuramos hacer todo el dinero posible para salir de nuestra ciudad.

El hombre mas limpio que yo he conocido, era mi padre: tenia su capricho en unas cuantas prendas que conservaba casi nuevas en su baul. Toda la ropa de su uso era mas vieja que él, y en toda ella no habia mas que una mancha debajo de un boton de una levita de uniforme. No se veia la tal mancha, cosa muy natural, en razon de que estaba cubierta con el boton; pero mas espíritu de vino le tiene costado á mi pobre padre, que el que me seria necesario para limpiar toda la porquería de todos los hombres que se han ensuciado en esta época, con los cuales no gastaria yo ninguno, porque valen menos que la levita de mi padre.

Así que yo corrija un folleto de política, que me ha salido muy mal escrito, veremos quién yo soy; pero esto no viene bien aquí, y al folleto me remito.

Yo toco un poco de violin, y mi padre conocia á algunos generales. Como para el cultivo de las bellas artes no hay como una corte, y lo mismo para el cultivo de buenas relaciones, yo, con las ilusiones de artista, y mi padre con las suyas de alcanzar algo; yo mediante una justa y esperada retribucion de mi trabajo sobre las cuerdas, y él mediante una justa y esperada memoria de los que le habian visto en otro estado, uno y otro, si bien se mira, teniamos al venir á Madrid algun objeto que podia hacer las veces de esperanza, cosa muy natural, en razon de que cualquiera cosa sirve para servir de esperanza. A los cuatro dias de nuestra llegada ya viviamos en nuestra casa;—yo no sé á punto fijo, sino que estaba tan alta y tenia tan pocos cuartos que habitar, que debia ser bastante mala; pero era mejor que esta en que



ahora vivo, porque como ahora estoy yo solo y no compongo familia, no necesito tantas comodidades. Yo arreglé mi violin, Lucía se hizo un vestido nuevo de un color tal, que hubiera

escandalizado en una provincia. Pero que en la corte no pasaba de ser un medio color. A mí me gustó mucho, y al pagar los reales vellon de su importe, dije lleno de alegría: ¡anda con Dios, que bien los vale! Mi padre por su parte empezó á dejarse el bigote, que entrecano y caido, despues que le creció, daba á su cara el último chafarrinazo que podia pedir una fisonomía militar. Por una casualidad tuve yo la fortuna de ver á todos los generales que mi padre vió, y en todos ellos hallé simples particulares, que ni aun con su grado y todo podian ser graduados de otra cosa. Cuando yo iba á comunicarle esta idea á mi padre, me espresó él el mismo pensamiento con otras palabras, y los dos nos hallamos de acuerdo en este punto, y él renunció á todas sus esperanzas, visto lo poco que valian sus conocidos, y trató de olvidar su antigua vida, y poco á poco la olvidó tan bien

y se entregó á una tan nueva que nunca lo hubiera yo creído. No lejos de nuestra casa habia un café, cuya poco numerosa parroquia apenas le abandonaba todo el dia. Dos militares viejos, y mas que viejos avejentados por la mala vida, cada uno con su correspondiente baston de espinos, pintado de amarillo, el uno con levita y tricornio, malas prendas las dos y con mas lustre de grasa que de cepillo, y el otro con casaca y morrion, estrecha y lamida de faldas la casaca, y ancha y campanuda la imperial del morrion, el uno con botines de paño y el otro sin ellos, y los dos con los piés metidos en unos zapatos, fuertes como de tabla por las palas, y gordos como un tocino por las suelas, bien cosidos, y sin puntas, porque encerraban la del pié en redondo, amigos íntimos los dos, los dos militares, eran los que á las doce de la mañana en todos tiempos se sentaban los primeros, cada uno á un lado de una de las cinco mesas que habia en el café, que era mas chico que la tabla de muestra que tenia encima de la puerta. Esto de estos dos militares no lo he escrito yo, que lo he copiado de una sátira de un dentista, que era tambien parroquiano del café, y se divertia algunas veces en hacer burla de todos los que se reunian en aquella mesa, cerca del mostrador, debajo de un reloj de música muy viejo, al lado de la trampa de la cueva. Este dentista, que tendria unos sesenta años, y muy poco que hacer en su oficio, era tambien del corro, que además de él y los dos militares, se componia de un relojero, cuya tienda estaba al lado, dirigida por un hijo suyo, y de un copiante de música que habia sido corista hasta los cincuenta años en muchos teatros extranjeros, sin encontrar en ninguna parte, como le decia el dentista, la honradez de canto que en España.

Toda esta gente estaba en aquel café hasta las dos ó las tres de la tarde, y volvan unos antes y otros despues, hasta muy tarde por la noche. Mi padre se acostumbró á ir allí, y bien pronto lo olvidó todo en aquel círculo de amigos, que pasaban su tiempo olvidando sus penas y soltando una cana cada dia, á favor de una mistura que bebian, que les hacia hablar con gusto y con calor de cualquier cosa, aunque siempre con decoro, porque hacia allí su oficio la educacion de los militares de graduacion, que eran tres con mi padre. Se cubria seis ó siete veces todos los dias la mesa, de vasos llenos por mitades de agua caliente y de vino del mas barato: sacaba el dentista un pomito del bolsillo del reloj, que le servia para esto, y echaba en cada vaso unas gotitas de un líquido de color de naranja, muy encendido; y con esto, aquel vino malo, mezclado con agua, cogia tanta fuerza, y un sabor, aunque no bueno, tan picante, que se convertia en una excelente bebida espirituosa. El dentista ejercia gran influencia en el corro, y este era el premio del gran servicio que hacia, proporcionando á sus amigos el placer de rejuvenecerse con un licor eficaz, que no les costaba mas que tres ó cuatro reales diarios, á escote entre todos los compañeros. De cada pieza de dos cuartos se le rebajaba además al dentista un ochavo, y con esto decia él que aun le sobraba dinero para la confeccion de su portentoso



elixir. Estaban tan bien avenidos entre sí estos buenos amigos, que quitadas algunas libertades que se tomaba el dentista, á quien todo se lo permitían con gusto, porque era muy oportuno, por lo demás, en las pocas veces que yo acompañé á mi padre entre aquellos señores, nunca observé que se faltara al respeto debido, y aun en los momentos de mas efervescencia en la conversacion, y de mas alegría ocasionada por el abundante licor, nunca se oponían uno á otro, sin que precedieran algunas palabras de buena educacion, como estas por ejemplo:—Lo que es eso, perdón V., caballero D. Antonio; pero no puedo menos de no creer del todo lo que V. dice, etc.

Como todos ellos eran viejos, y como yo andaba procurando por todos los medios posibles algun empleo de mi conocimiento del violin, ya fuera ajustándome como músico en alguna parte, ó ya adquiriendo relaciones, para que me llamasen á tocar donde pudiera ser necesario, dejaba que mi padre pasase sus horas con sus nuevos amigos, con los que cada vez iba ligándose mas, perdiendo poco á poco sus antiguas costumbres, y adquiriendo otras nuevas, y hasta otra manera de pensar; y yo entre tanto pasaba las mías en mi casa, ejercitándome en tocar el violin, con dos objetos: el principal, para adquirir soltura y fuerza en el brazo derecho para el penoso manejo del arco, y luego, para alegrar algo á Lucía, á quien yo quería mas que á todo el mundo. Yo estaba alegre solo con tenerla á ella, y eso que ella estaba siempre de mal humor. Mas que mis caricias la alegraba mi música, y mientras yo tocaba, ella no se reía ni nada; pero perdía el ceño, y su frente tersa y blanca estaba tan hermosa, que así la hubiera yo querido ver siempre. Con esto apreciaba yo cada día en mas mi arte, y admiraba la gran influencia de la música en el mundo: cosa muy natural, en razon de que mientras yo tocaba, no veía mala cara en mi muger, que llenaba todo mi corazón. No había yo podido todavía ni tan siquiera concebir esperanzas fundadas de ganar algo en mi arte, porque no sabía cómo, y ya habían pasado en esto algunos días, y pronto íbamos á tener muchísima necesidad de algun dinero.

Mi padre estaba siempre muy contento, en su café pasaba su día, y me aconsejaba que hiciera lo que él, porque la vida debía pasarse así, y me decía que á él le habían abierto los ojos desde que estaba en la corte, y había tenido la fortuna de caer entre amigos de esperiencia, y no como nosotros, que no habíamos visto el mundo mas que por un agujero.

A mí me daba pesadumbre el cambio de mi padre, que siempre oía á la hebrida del café, y había dejado de cepillar su ropa con tanto cuidado como antes, limpiando muy raras veces la mancha de la levita, que era ya mas grande que el botón; pero todo lo daba por bien empleado, porque le veía pasar bien: cosa muy natural, en razon de ser yo su hijo. Una noche que me dijo Lucía que saliera un rato y la dejara en paz con su mal humor, me afligí yo tanto, porque esta era la primera vez que advertí que era algo áspera de carácter, que me fui al café á buscar á mi padre, y á tener allí un rato de sociedad. Había muy buena conversacion, y todos tenían muy buen color, y á mí me dió mucha tristeza el ver tan colorada la cara de mi padre. Estaban hablando de una boda de un pariente del relojero, que se iba á celebrar al día siguiente.

—Aquí está mi hijo, dijo mi padre al verme entrar, que se ha casado contra mi voluntad, y lo que es ahora me alegro, y lo mismo me da de una cosa que de otra. ¿No es verdad? preguntó sin dirigirse á nadie; y haciendo dar á los ojos una vuelta muy particular, y poniéndolos casi en blanco, escupió, y lamíndose los bigotes, se quedó riendo con mucha sorna, con la cabeza ladeada, y con una mano levantada y vacilante en medio de la mesa.

—¿Y quién se opone al amor como se prueba con las obras de los buenos maestros?—Dijo de seguida, y sin punto ni coma, el copiante de música, con una voz algo bronca.

—Se opone la misma naturaleza si lo consideramos detenidamente, y con aquel... con aquel...—No pasó de aquí uno de los dos militares que cogió el vaso, en tanto que el dentista, riéndose y mirándole le contestaba:

—V. no tiene naturaleza; pero por eso no podemos negar que existe... y si V. la conociera como yo que tengo motivos...

—Caballero D. Francisco, le interrumpió el otro militar, perdóneme V. ¿pero no ha de tener naturaleza el señor D. Antonio?

—Sí, natura, respondió el dentista, D. Antonio es natura, pero el amor... quizá!... yo no sé... déjelos V. que se casen, señor D. José, que eso es todo y eso es bueno.

—Yo, dijo el relojero, lo que quiero es que se casen, y tanto lo quiero, que yo mismo he de pagar la música de la boda.

—Caballero, le dije yo entonces, aquí hay un violin, y aunque yo no tenga mas gusto que el de conocerle á V. por amigo de mi padre, si á V. le parece, yo iré á tocar á esa boda, porque el violin...

—El violin lo llena todo, interrumpió el copiante de música: quien dijo instrumentos, dijo violin, y en eso puedo hablar.

—Todos hicieron mil elogios de las bodas, de los violines, y de mí y de mi padre, y yo me puse muy contento porque vi en todo esto el principio de mi carrera y la esperanza de algun provecho.

Este primer gozo que había tenido desde mi llegada á Madrid, me le agrió un accidente que le dió á mi padre, que le hizo caer en aquel mismo momento de la silla al suelo. Turbóseme la vista, creyéndole muerto, y apenas oía las diversas opiniones que manifestaban todos acerca de lo que aquello podía ser.

—Mi elixir no produce jamás esos efectos, y perdónenme VV., señores, pero esto es un accidente apoplético. Hijo mío, no hay que quedarse tonto, sino espabilarse, y á casa con papá. Yo le ayudaré á V. á llevarle. Vamos andando. Y el dentista y los demás amigos de mi padre, le cogieron, y yo los guié hasta nuestra casa, que estaba muy cerca. Así que llegamos, le pusimos en la cama; el dentista, después de haberle examinado, se decidió con valor, porque dijo que sino iba malo, á hacerle una sangría, y con un cortaplumas que le prestó el copiante de música, le abrió una larga incision en una vena, que gracias á lo bárbaramente herida que había sido, dejó salir alguna sangre, que dió sin duda alivio á mi pobre padre, y á nosotros esperanzas de que acaso viviría.

Añadida sea la voluntad de Dios, sigue diciendo el que escribe lo que copio; pero no he pasado en mi vida una noche

mas alegre que esta en que mi padre estuvo á dos dedos de la muerte. A la alegría que sentí así que mi padre, aliviado por la sangría, empezó á respirar tranquilamente, se unió el contento que me daba el hallarme entre sus amigos, que pasaron la noche en casa, porque sentados una vez á la mesa, donde cenaron algunas frioleras que yo mismo salí á comprar, se enredaron en conversacion, y con ella, y con su habitual bebida, que sin costarme mucho duró toda la noche, gracias al elixir del dentista, á unos dormidos, y á otros despiertos, y con la risa en los labios, á todos nos cogió la mañana, después de una velada que se pasó con cuentos graciosísimos que contó el dentista, y que celebramos todos. Yo soy tan amante de la sociedad, que al ver reunida en mi casa esta tertulia, se me ensanchó el corazón, viendo además que mi padre de un momento á otro se ponía mejor, hasta llegar á reírse á carcajadas á lo último de la noche, de las gracias que se le ocurrieron al dentista, sobre lo milagroso del cortaplumas del copiante, que según él decía, por broma, había sacado sangre de donde la mejor lanceta del mundo no hubiera podido sacar mas que agua caliente, y vino con algunas gotitas de su espíritu, llamado por él en aquel momento, con unos gestos que nos hicieron reír á todos, el verdadero néctar ambrosiaco, ó ambrosía nectarizada, sublunar, racional y económica, del doctor Embriagabedolopon el Persa.

Tanto gusto le dió á mi padre la alegría del dentista, que incorporándose en la cama, y con los brazos abiertos, le llamó con la voz cortada por la risa, y después que le tuvo estrechado al pecho, en donde había venido el dentista á caer con paso trabado y poco firme, estuvieron los dos así apretados, riéndose y revolcándose por la cama, hasta que los dos, cansados, se quedaron dormidos, mientras nosotros en la mesa nos entreteníamos en poner al copiante de música el botín de uno de los dos militares, por alzacuello, porque iba á hacer alguna escena, de muchas que sabía de abate músico gracioso, bufo cantante con voz de pecho simple y con voz de pecho doble, para todo lo que pudiera ocurrir en los trece primeros sostenidos, gaturalmente considerados con relacion á la armonía instrumental de las notas nones:—Cualidades, señores, nos decía, sin las cuales no hay posibilidad de verdadero bufo, sobre todo en la ópera semiseria. En lugar de hacer la escena, siguió hablando y disputando con los dos militares y con el relojero, hasta que alzando á este la visera de una gorra de nutria, que no se había quitado en toda la noche, vió que estaba dormido, con la boca entreabierta, dejando ver sus únicos tres dientes, largos y negros, que siempre le salían fuera de la boca apoyándose sobre el labio inferior; pero que ahora se le veían todos, porque tenía rocgido el labio superior, como que el sueño le cogió riéndose.

Y poniendo aquí punto final á este capítulo, dejo con dolor á mis lectores en la penosa incertidumbre en que yo estaba de esta historia, cuando como á ellos les sucede ahora, iba yo leyéndola renglon tras de renglon, sin que ninguno de ellos, ni muchos reunidos, me contentasen gran cosa.

(Concluirá.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

CRITICA LITERARIA.

El erudito autor de la *Historia del conde-duque de Olivares*, de la *de los judíos*, de la *de los protestantes españoles*, y de tantos otros trabajos importantísimos como deben las letras nacionales á las investigaciones, á la laboriosidad incansable y al talento del señor D. Adolfo de Castro, acaba de dar á luz en Cádiz una nueva producción con el título de *Exámen filosófico sobre las principales causas de la decadencia de España*. De esta obra tomamos el excelente paralelo entre Virgilio y Lucano que va á continuación. Los trabajos del señor D. Adolfo de Castro no han menester de recomendaciones, porque los varios libros que lleva publicados en su corta pero brillante carrera literaria, le han granjeado uno de esos nombres respetados, que tienen mas influencia para despertar la curiosidad del público hacia una obra á cuyo frente aparezca, que cuantos elogios hicieramos nosotros de ella. La de que nos ocupamos, digna por mil títulos de llamar la atencion, se está ya traduciendo en Inglaterra: honra que han alcanzado las que anteriormente ha dado á la estampa el señor Castro.

«La poesía misma no fué en España mas que el acento de la lisonja, ó la voz de la gratitud con que la humanidad, gimiendo en la servidumbre, bendecía la mano que le dejaba libre el uso de la imaginacion, para cantar en versos las hazañas militares de sus opresores. Ya que la España moderna no pudo tener un Lucano, tampoco alcanzó la gloria de tener un Virgilio.

Al escribir Lucano su *Farsalia*, no trajo á la memoria los antiguos poetas mas que para saber en lo que había de apartarse de ellos. No quiso imitar, sino ser imitado. Su entendimiento no reconocía superior: por eso quería que los hijos de su entendimiento fuesen esclusivamente suyos, sin deber á los pasados cosa alguna.

Disputó á Virgilio el laurel de príncipe de los poetas épicos de Roma, y salió vencedor en la lucha para gloria de España.

Lucano fué gran filósofo, gran orador y gran poeta: Virgilio gran poeta tan solo.

Recorrió á paso lento Virgilio las faldas del Parnaso para coger las mas suaves rosas, y quitadas las espinas, formar la guirnalda que destinaba en ofrenda á las aras de la poesía y al dios de los amores.

Sonó su voz en Roma, pero Roma no oyó la voz de la libertad, sino la de la adulacion, hija de la infame servidumbre.

Cantaba las glorias imaginadas de Eneas, para fingir que la casa de los Césares descendía de aquel varon, escapado de la ruina lamentable de Troya por el favor de los dioses y para bien del pueblo romano.

El ingenio cordobés no subió á la cumbre del Parnaso para conducir á ella las flores de su faldá, sino para incitar á las musas á que lo ayudasen en la empresa de cantar en Roma la pérdida desdichada de la libertad, cuando para desdicha de Roma y del mundo, Neron ocupaba el trono de Tiberio y de Calígula.

Virgilio lloraba sobre los muros de Troya, como la tórtola solitaria que canta las memorias de su esposo, posada en las

frondosas ramas de los árboles, en presencia de las adelfas y de los jazmines, y al blando murmurar de las fuentes.

Lucano lamentaba con voz de leona herida la infelicidad de Roma por la destruccion de las huestes de Pompeyo, cuando el sucesor de Julio César incendiaba á su patria, y mojaba su manto de púrpura en la sangre de su familia y de los mas ilustres patricios.

Virgilio era la lisonja, que fingia héroes y hazañas para crear una nueva ascendencia al emperador Augusto: Lucano el grito de lamento que lanzaba la humanidad, ultrajada por los que vencieron en Farsalia.

Virgilio representaba al valor romano rendido á la fortuna de los Césares, y cantando las virtudes que no tenían estos, al son de los grillos de oro con que Augusto oprimia las cervices del pueblo y de la nobleza.

Lucano parecía el amor patrio, que echaba en rostro sus iniquidades á los Césares, después de haber huido de la haz de la tierra la libertad. Sus acentos se asemejaban á los rayos del sol que lucen en los mas altos collados, luego que el astro, rey del día, desaparece de los horizontes.

España no tenía las fuerzas de ingenio para producir, ni á un gran cantor de la humanidad como Lucano, ni á un gran cantor de la adulacion como Virgilio.

La ignorancia y los errores eran de día en día acrecentados por los maestros y los gobernantes.

Cuando Felipe III subió al trono, queriendo vengar de los ingleses á su patria, envió contra ellos una poderosa armada; pero las olas del mar se encargaron de defender á Inglaterra. Luego que murió Isabel, hizo paces con su sucesor el rey Jacobo. Entonces el clero de España tenía por divisa oponerse á todo lo que era en utilidad pública. Por eso D. Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, representó al rey los daños del comercio de los herejes; pues los españoles perdían con su trato y fidelidad en los negocios, aquel terror con que siempre los habían mirado (1). Así sentían los eclesiásticos que el vulgo depositase los errores.

Felipe III, conociendo la ruina inminente de España, mas prefirió dar á conocer á los extraños los principios de su flaqueza, que apresurarla. Guiado de este pensamiento, ajustó treguas con los holandeses; pero su hijo Felipe IV, al tomar el cetro de Castilla, despertó en España el ciego ardimiento de poseer el mundo, que tanto daño había causado en el siglo de sus predecesores Carlos V y Felipe II. Desde ese tiempo alternaban las glorias militares con las ignominias: destino que reservan á su patria los que quieren emular á los Alejandro y á los Atilas. Luego que la perfeccion del arte de la guerra dejó de pertenecer á un solo pueblo, ya los conquistadores universales son imposibles. Su imperio, si lo logran, pasa como la luz del relámpago. Napoleón fué el monarca que mas glorias dió á la Francia; pero ningun monarca trajo sobre esta nacion la afrenta repetida de que en dos ocasiones ejércitos extraños ocupasen á París é impusiesen su voluntad á los franceses. Y aunque podrán decir estos que los enemigos eran de toda Europa, tambien ellos, con las fuerzas de los pueblos subyugados, invadieron los demás reinos.

Si los millones que gastó en erigir el Escorial hubiera empleado Felipe II en atender á las grandes necesidades de sus estados, y en sujetar á Holanda por mar como trataba de sujetarla por tierra, aquellos defensores de su libertad no hubieran cobrado fuerzas para resistirse invenciblemente contra sus opresores (2). La misma ceguedad de los tiranos facilita fuerzas á los débiles para romper sus cadenas, y dar la muerte en pago de los insultos.

Por la muerte de la princesa Isabel Clara Eugenia, á quien Felipe II había cedido los Países Bajos, volvieron estos á la corona de España, á causa de no haber tenido sucesion aquella señora. ¿Qué importaba que los ejércitos españoles ganasen batallas parciales y ciudades á los holandeses, si estos por su parte ganaban otras y con mayores ventajas? El valor propio y la ayuda de Francia obligaron á España á reconocer la independencia de la república de Holanda, la cual sirvió para favorecer la causa de la libertad de Europa. Los fugitivos de la tiranía eran protegidos, y las prensas de la Haya, Amsterdam y Leyden publicaban los pensamientos de todos los sabios que en sus naciones no tenían la facultad de comunicar sus trabajos á los demás hombres. De tanta libertad se gozaba en Holanda, que á mediados del último siglo se pudo imprimir una obra con el título de *Teoría de las leyes civiles, ó principios fundamentales de la sociedad*, donde su autor decía «que la sociedad tiene por fundamento el derecho de los foragidos: que su primer acto fué la usurpacion de hombres y de bienes: que redujo los hombres á la esclavitud, y partió los bienes entre los cómplices de esta usurpacion; y que todo el orden de la justicia humana consiste en mantener este orden de cosas (3)».

Estas doctrinas filosóficas, de las cuales Proudhon en el presente siglo se muestra inventor, cuando solo es discípulo, no pudieron commover el estado de la república de Holanda; porque solamente los gobiernos mal constituidos temen la novedad de las ideas.

En la nacion donde la libertad está segura contra las asechanzas de la anarquía y del despotismo, las nuevas doctrinas se escuchan sin miedo y sin aborrecimiento. Si son necias, reciben con el desprecio público el castigo de su necedad; y si son peligrosas, se acoge de ellas lo que únicamente pueda acogerse. Ninguna doctrina, por peligrosa que sea, deja de

(1) «Generalmente se ha perdido el asombro y grima que se solía tener de los herejes; porque como los encuentran á todas horas por las calles y son admitidos al comercio activo y pasivo, y tratados con cortesía, y ven que muchos de ellos guardan verdad mas que los católicos... viene la gente á aficionarseles.» *Carta de Ribera: Vidu de Felipe III*, por Gonzalez Dávila.—*Carra de hereje se llamaba al hombre feo ó malvado.* (Francosioni, *Vocabulario*.—Roma, 1620.)—La necesidad tiene cara de hereje, se dijo al sonsonete de *Necesitas caret lege*.—Hacer una hereje con uno era hacer las mas horribles crueldades.

(2) On objectoit celá mesme á Philippes II en Espagne et 22 millions et d'us qu'il depensa á l'Escorial dans les grandes necessitez de l'Etat, pouvoient oster la mer aux holandois et les reduire par le seul foible qu'il les falloit prendre. *La France démasquée ou ses irregularités dans sa conduite et maximes*. A la Haya 1670.

(3) L'objet de cet écrit est d'établir que la société a pour fondement le droit des brigands, que son premier acte fut l'usurpation d'hommes et de biens, qui réduisit les hommes á l'esclavage, et partagea les biens entre les compliés de cette usurpation; et que tut l'ordre de la justice humaine consiste á maintenir ce fondement et cet état de choses.—*Elemens de la Philosophie rurale*.—A la Haya, 1767.

encerrar algo útil para el bien de los hombres. La humanidad, aun por medio de los yerros de los heresiarcas, ha caminado y camina hacia el bien: el protestantismo, con todas sus contradicciones, enseñó el libre uso de la razón; y los enciclopedistas del último siglo esparcieron en el mundo el conocimiento de muchos de los derechos civiles.

Holanda é Inglaterra adquirieron en Europa mas pronto la libertad que las demás naciones. Es cierto que á sus grandes hombres de estado habia precedido uno en cada una de ellas, indicando la senda de la felicidad pública en el siglo XVI. El holandés Desiderio Erasmo, en su *Elogio de la locura*, manifestó todas las flaquezas de los mortales, así en la vida privada como en la pública (1). El inglés Tomás More, en su libro de la *Isla del Utopia*, pintó una república tal como debería ser, llena de virtudes y de tolerancia religiosa (2).

Así el uno mostrando el mal estado de la sociedad humana, y el otro el camino de la perfeccion, hicieron un gran servicio á su patria.

En tanto España descubria mas su impotencia para dominar el mundo. Francia, conociéndolo, aspiró á vengar los desaires que en Italia le hizo la suerte, por medio del valor de las tropas de Carlos V. La guerra se encendió de nuevo en los campos de Flandes, quedando las demás naciones suspensas ante los bélicos aparatos, y esperando la hora de dar favor á la parte en donde estuviere el de la fortuna. Holanda ayudó á la nacion francesa hasta la paz de Munster, en 1648, paz comprada con un desengaño de muchos ejércitos consumidos.

Para sustentar todas estas guerras, los pueblos de España se hallaban oprimidos con tributos á cual mas onerosos, así por lo nuevos como por lo repetidos. Cataluña, ofendida con el quebrantamiento de sus fueros y con la obligacion de alojar soldados contra Francia, dió la señal para que los demás reinos y provincias se opusiesen enérgicamente á la violencia y tiranía con que todos eran tratados. Apelaron á las armas los catalanes, pidieron auxilio á Luis XIII, se constituyeron en república, y mas tarde trataron de ponerse á la obediencia del monarca francés, siempre que este les jurase los privilegios que habian adquirido sus antecesores por medio de la sangre derramada en defensa de su territorio (3).

Al propio tiempo el reino de Portugal se declaró independiente del resto de España. Felipe II, llevando en todas sus acciones por norte la violencia, aprovechó la debilidad del reino portugués por la pérdida de su monarca D. Sebastian en las arenas de Africa con la flor de la milicia, de la juventud y de la nobleza. No quiso que su derecho fuese reconocido por los jueces diputados, sino por el pueblo, con las espadas de los vencedores puestas á los cuellos, en tanto que sus piés eran oprimidos por las cadenas de la servidumbre. Felipe tenia letrados de su reino que daban por buenas sus acciones, y de este modo creia engañarse con las disculpas que inventaban sus áulicos para engañar al mundo (4).

La nobleza y la plebe de Portugal quedaron convertidas en instrumentos para castigar los reyes de Castilla á los pueblos rebeldes, ó para facilitar tributos.

Unidos, fuertes y poderosos recobraron su antigua energía, los portugueses y pelearon con los españoles, recordando que en dos distintas ocasiones habian tenido el valor para llevar al pecho de sus contrarios la negativa de tenerlos por señores, en las puntas de las lanzas. Solo la voluntad conforme de ambos estados podrá unirlos para siempre. La historia ha mostrado que por la fuerza, la union, si es posible por pocos años, jamás adquirirá la duracion necesaria para la grandeza de Portugal y de España.

Mientras que los portugueses estuvieron sujetos á la dominacion de Castilla, dejaronse arrebatar muchas de sus posesiones en Africa y Asia. Pelearon como hombres que no defendian sus propios intereses, sino los de un gobierno que odiaban. No bien se hicieron independientes, reconquistaron las plazas africanas y asiáticas que los holandeses les habian usurpado. Y para prueba innegable de la grandeza de un pueblo libre y que pelea con el amor de la libertad y con el orgullo de manifestarse digno de ella, procurando que con modernas hazañas se olviden sus desventuras, combatieron á la par con España y Holanda, cuando parecia que las fuerzas apenas les alcanzaban para defenderse de la primera de estas naciones (5).

Cataluña al cabo, casi abandonada por la Francia, se entregó de nuevo á Castilla. En sola esta ocasion se mostraron los monarcas de la casa de Austria clementes. Felipe IV, sin duda obligado del terror de tantos enemigos como lo acosaban, y de los desastres de sus ejércitos, dió su perdón á Cataluña, esceptuando únicamente al cabeza de la rebelion, D. José Margarit.

La plebe de Sevilla, hostigada por la hambre y por la tiranía de sus regidores, tambien se puso en armas. Pidió para sosegarse la oferta de que en su ayuntamiento habia de entrar todos los años un plebeyo, nombrado á campana tañida en cada parroquia por el pueblo, y que este regidor habia de tener voto decisivo para negar ó conceder lo que pidiese el rey á los caballeros, siempre que se arrimasen á su parecer cierto número

de concejales. Pero vencida la plebe, el ofrecimiento quedó nulo, y la sangre de muchos amotinados regó las calles de Sevilla al son de los pregones de la justicia humana.

Nápoles y Sicilia se amotinaron igualmente, escitadas por un pescador la una y por un calderero la otra. Débiles para sostenerse por sí solas ante su poderosa enemiga, solicitaron el favor de Francia, siguiendo el uso que tuvo Italia en los antiguos siglos. Sublevabase Sicilia en contra de los franceses: terrible en el primer acometimiento, allanaba todo; pero pasado el ímpetu, conocia su flaqueza é inclinaba la cerviz bajo el amparo de los reyes de Aragon. Para vengarse de un yugo, los pueblos débiles se sujetan á otro que quizá le guardará menos justicia.

Nápoles y Sicilia volvieron luego á la obediencia de España por la violencia; y mas tarde algunas ciudades de este último reino intentaron de nuevo buscar su libertad, pero con infeliz suceso.

Carlos II, despues de haber experimentado durante su menor edad las luchas de la ambicion de su madre y de su hermano bastardo D. Juan de Austria, vencedor de Nápoles y Cataluña, y vencido en las campañas de Portugal, siguió hostilizado por los enemigos extraños de Castilla. Hombre débil, y gobernado por frailes y clérigos que convertian al monarca en juguete de sus caprichos, llegó al extremo de creerse hechizado, y de procurar que los malos espíritus abandonasen su cuerpo.

Un escritor de su tiempo, al contemplar el estado de España, exclamó: «Ni hay armadas en el mar, ni ejércitos en la tierra: azótanos el francés; con mofa hácenos hostilidades: Brandemburg con insolencia quiere ser nuestro juez, y ha prevaricado el inglés con malicia: Suecia y Dinamarca contra nosotros se coligan: estamos á la proteccion del holandés, que nos burla; y á este paso... ni habrá Italia, ni habrá Flandes, ni habrá India. ¡Plegue á Dios haya España (2)!»

Esta terrible profecía mas tarde se vió cumplida. En tanto España cogia los frutos de la política de la violencia comenzada en el reinado de Fernando é Isabel, y proseguida hasta lo último por sus sucesores. Al echar las raíces de la grandeza de la nacion española, no advirtieron los monarcas que en ellas iba envuelto el germen de su perdicion y ruina.

EL ESPIA SIN SABERLO.

EPISODIO DE UN VIAJE Á CRIMEA.

Hace unos doce ó trece años, el príncipe Anatolio Demidoff resolvió visitar sus vastos dominios de la Rusia meridional, y llevar sus exploraciones hasta Crimea. Quiso que le acompañara una comision de sabios y artistas, que publicaran bajo su direccion un trabajo completo acerca de estas comarcas, entonces poco conocidas. Mr. Huot, geógrafo y geólogo, que habia tenido antiguas relaciones con el príncipe, quedó encargado del examen geológico.

El papel de Mr. Huot en la expedicion, y la naturaleza de sus exploraciones, exigian que fuese casi siempre separado de sus compañeros. En efecto, en tanto que Raffet dibujaba en las villas ó aldeas los monumentos, las casas, los trajes; que Rousseau corria en la llanura ó en los rios tras de los insectos, los pájaros y los reptiles; que el doctor Léverrier recogia plantas para su herbario; que Samson tomaba notas para la historia del viaje; el geólogo, siempre infatigable, subia á la cúspide de las montañas, escalaba las peñas con el martillo en la mano, y con un saco á la espalda, donde llevaba las piedras que recogia, que tambien atestaban sus bolsillos. En marcha desde el amanecer, no solia ver á sus compañeros hasta la noche, y muchas veces se pasaban algunos dias sin reunirse á ellos, porque tenia que variar su itinerario, citándose para algunos pueblos del interior.

El príncipe Demidoff, que conocia los usos y costumbres de la Rusia, su patria, habia querido, para mayor seguridad y consideracion de sus compañeros de viaje, que vistieran uniforme. Como en Rusia todo está organizado bajo una forma militar, por todas partes les daban el título de capitanes. Mr. Huot, que tenia mas edad que los otros, y una fisonomía mas grave, era llamado con preferencia coronel. Esta precaucion del uniforme era muy prudente. En las ciudades, la poblacion rusa, aunque en minoria, teniendo en su mano el poder, la fuerza, la riqueza y la consideracion, domina á los indígenas, que se someten con humildad al yugo extranjero que sufren desde el reinado de Catalina; pero en el campo, esta sumision y respeto al uniforme no están tan pronunciados, y los oficiales rusos rara vez se atreven á salir solos de la ciudad: y en las montañas, los tártaros son implacables para todo el que no lleva turbante y traje oriental: el que penetra entre ellos vestido á la europea, le miran como espía.

Un dia Huot se internó en la montaña rompiendo peñas á derecha é izquierda, marchando á la ventura; pero seguro de volver al punto de partida, merced á la brújula que jamás abandonaba; además no distaba mas que unas dos leguas de la ciudad; y contento de su jornada, que le habia proporcionado una gran coleccion de pedernales, se sentó en el fondo de un vallecito, rodeado por varias rocas de grandes picos coronados de follaje, y empezó maquinalmente á despachar su frugal comida, que consistia en pan, un poco de fiambre y una rajita de melon.

De pronto ve á su frente y en lo alto de la roca tres ó cuatro tártaros, con su cuchillo á la cintura, el rostro animado, y enseñándose con el dedo al atrevido que violaba su domicilio: parecia que llamaban con la mano á otros personajes que el viajero no podia ver, porque estaban colocados en el extremo opuesto, es decir, sobre su cabeza. No comprendiendo nada de sus pantomimas, y no pudiendo creer que corria ningun riesgo á la inmediacion de una ciudad donde habia guarnicion rusa, el geólogo creyó sin embargo que no seria inoportuno usar de urbanidad, é hizo á los tártaros una seña amistosa, se quitó su casco de oficial y continuó comiendo; pero bien pronto se reunieron todos los tártaros, empezaron á bajar al valle, y hablando muy alto y de una manera muy animada, dos de ellos le cogieron por el cuello, y aunque él no sabia su idioma

ma sino muy imperfectamente, comprendió muy bien estas palabras:

—Es un espía ruso, es preciso matarle!

El exordio no era muy satisfactorio; pero él se manifestó muy resuelto, y dijo medio en francés y medio en tártaro:

—Qué os he hecho? He pasado todo el dia rompiendo piedras; lo que me llevo no os hace falta; vivo en la ciudad inmediata: dejadme marchar, ó, mas bien, enseñadme el camino, porque me parece que me he perdido.

—Espía, espía! matarle, matarle! gritaban los tártaros exasperados.

—Pero qué diablos quereis que venga yo á espíar en estas montañas? ¿Y qué interés tendria en ello? No soy ruso, soy francés; esperando que esto produjera efecto.

—Francés! repitieron los tártaros; entonces es preciso llevarle delante del viejo.

—Justo, replicó él al momento; llevadme ante el viejo y le explicaré el objeto de mi viaje.

Los montañeses, viéndole dispuesto á seguirles sin resistencia, parece que se calmaron un poco, y rodeándole, tomaron un sendero que se internaba en la montaña, cuyo aspecto era cada vez mas rústico y pintoresco. Huot les seguia taciturno, y me ha dicho que en este momento le parecia esta selva de la antigua Chersoneso menos hermosa que el bosque de Satory, donde hubiera querido encontrarse; sin embargo, no creia que le harian mal alguno, porque él tampoco lo hacia.

Despues de todo, decia examinando las dificultades de su posicion, *este viejo de la montaña* no es aquel de que hablan las historias de las cruzadas; no está exasperado como estos lo estaban: me parece que nos entenderemos.

Al cabo de un cuarto de hora de camino, la pequeña tropa con su prisionero (porque él se persuadia que lo estaba hasta nueva orden) llegó á una cabaña, delante de la que un viejo con una larga barba blanca y sus piernas cruzadas, fumaba su pipa: los tártaros le explicaron lo que habia pasado, y dejaron al acusado delante de su juez.

—Tú pretendes, le dijo, convencernos de que vienes á buscar piedras; cuando se necesitan piedras es para edificar, y entonces se viene á buscarlas con un carro y no se llevan en los bolsillos: estás cansado por el peso que llevas, y no tienes todavía bastantes piedras para hacer una tumba á tu padre: tú has mentido, tu eres un espía.

Este lenguaje, que en parte comprendia Huot y que le parecia muy oriental, le inspiró la idea de defender su causa en el mismo estilo, y apelando á su memoria pudo acordarse de las palabras que habia podido aprender en las seis semanas que habia visitaba aquellas comarcas tan nuevas para él.

—El justo jamás miente, replicó, y yo soy un justo, no soy espía. Escuchad, anciano: en Sevastopol, Faltar Kerch, hay y puede haber espías; los espías escuchan en las ciudades las conversaciones de los hombres, y no van á las montañas á oír el ruido de los vientos.

Este lenguaje bastante poético, aunque debia presentar algunas faltas en el tártaro, parece que hizo cierta impresion en el viejo: animado el viajero, lanzó su argumento favorito que habia sido acogido por sus acusadores.

—Además, añadió: no soy ruso, soy francés.

—Francés? repitió el viejo.

Despues de una pausa.

—Tienes muger é hijos en tu país?

—Sí; muger y tres hijos.

—Entonces por qué no estás al lado de ellos, y no venir á buscar piedras aquí? ¿No hay piedras en tu país? Si no las hay, pide permiso al gobernador para llevarlas, y carga un navío en Sevastopol, pero no te llenes aquí los bolsillos, porque te tendrán por un loco.

Huot comprendió que era difícil espresar su cualidad de geólogo: lo ensayó sin embargo á fin de disculparse completamente.

—Soy un sabio, conozco las plantas que curan y las piedras que sirven para edificar; pero hay piedras cuya presencia en ciertos lugares anuncian algunas veces que en el mismo sitio existen otras mas preciosas, metales útiles...

—El oro? dijo el viejo animando su mirada.

—El oro algunas veces.

—Tú buscas minas?

—Precisamente.

—Como el ruso del año pasado; dice el viejo volviéndose hácia los demás tártaros, haciendo alusion á un ingeniero que habia recorrido el país, sin aventurarse como el inexperto viajero.

—Tú eres ingeniero francés, no eres espía; te van á dar leche.

Uno de los tártaros entró en la cabaña, y salió con una gran taza de leche que presentó al viejo: este dió un sorbo, y la ofreció al extranjero, que bebió tambien, pasándola al que estaba á su lado, y así fué corriendo de mano en mano: otro tártaro encendió una pipa y se la ofreció, y se pusieron á fumar todos en el mayor silencio: bien pronto fueron interrumpidos por el que habia ido á buscar la leche.

—Si eres francés habrás oído hablar de Napoleon.

—Le he conocido, le he visto, le he hablado.

—A estas palabras los tártaros cambiaron una mirada de profunda admiracion.

—¿Has conocido á Napoleon? Pues bien, escucha.

Y se puso á cantar una cancion tártara, cuyos versos, sin duda en alabanza del gran hombre, eran incomprensibles para un extranjero, pero que tenia por estrivillo:

¡El gran Gengiz
Y su sobrino Napoleon!

Porque la fama del emperador ha llegado hasta estos pueblos, para los que él y Gengiz-Kan son dos grandes guerreros que necesariamente debian ser parientes

Acabada la cancion, el ingeniero francés dió gracias por la acogida que le habian dispensado, aunque habia empezado bajo tan malos auspicios, y les hizo notar que era casi de noche, y que no conocia el camino: le rogaron que esperase algunos instantes, y un tártaro trajo de detrás de la cabaña un caballo ensillado, en el que hicieron montar á Huot, y tomando las bridas dos de sus compañeros, guiaron al caballero hasta las puertas de la ciudad. Tal fué el desenlace del drama.

(Se concluirá.)

(1) *Pia junta en el panteon del Escorial de los vivos y los muertos*, MS. anónimo.—Biblioteca de la catedral de Sevilla.

(1) *Desiderii Erasmi, Encomium Moris*.—Venitii, 1515.

(2) *De optimo reipublica statu, deque nova insula Utopia*

(3) «No tempo em que Portugal estava sujeito á Castilla nunca as forças juntas de ambas as coroas puderam resistir á Olanda; e daqui inferia e esperava o discurso que muyto menos poderia prevalecer os Portugueses contra Olanda e contra Castilla.—De Castilla defende Portugal o Rey no, e de Olanda as conquistas...—Historia do futuro pelo Padre Antonio Vieira.

(4) «En esto sigue Castilla al mismo rey qñe no estándole bien la justicia, fiado solo en la violencia, huyendo el juicio para el cual estaba citado... logrando la oportunidad que halló en el reino, llaco entonces por la reciente pérdida del rey D. Sebastian en Africa, divididos en favor de varios pretendientes los pocos caballeros que della restaron, y corrompiendo los mas con dinero, juntando la mas gente que pudo, usurpó la herencia de una señora... que no se valió de otros ejércitos que de quejas al cielo.»—Carta que á un señor de la corte de Inglaterra escribió el doctor Antonio de Souza Macedo.—Lisboa, 1641.

(5) «Exemplo temos de tudo na monarchia de Castilla, cujo rey, porque gastou 13 ou 20 milhoens, se nao forao mais, nas superfluidades do Retiro, os acha menos agora, quando lhe erao necesarios para os apertos em que se vé: é porque vexou os povos con taes tributos que chegou á quintar as facendas á s-us vasallos se lhe alevantaro Portugal, Catalunha, Nápoles, Sicilia, etc.; é porque faz á guerra á França, é á outros reynos é estados que lhe nao pertencen; por sustentar caprichos, está en pontos de dar á ultima bequeda á sua monarchia.»—Antonio Vieyra.—Arte de furtar.—Lisboa, 1652.



UN RECUERDO (1).

Era una de aquellas hermosas noches en Inglaterra, cuando en el mes de agosto nace el crepúsculo de la mañana casi envuelto entre los tibios colores del de la tarde. Tenia lord Ruthwen su quinta á algunas millas de Londres: habia conocido intimamente á mi padre en la guerra de la Península: yo estaba emigrado, y en la estacion del campo habia dejado la capital para acompañarle en su elegante retiro campestre. Paseábame, pues, al margen de un rio, que rodeando acá frondosas islas pobladas de cisnes y acullá despeñándose formando vistosas cascadas, ora mansa, ora precipitadamente, corria por el magnífico parque que fecundaban sus aguas. Estaba yo melancólico, como se exige de un héroe de novela, jóven de veinte años y enamorado romántico.

Miraba el agua que resbalaba á mis piés su corriente: recordaba los años pasados, mi patria, que acaso no volveria á ver mas, y mi buenos padres que me amaban tanto.

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar,
Que es el morir,

me decia á mí mismo, recordando los conocidos versos de Jorge Manrique, y luego mi corazón se comprimía y algunas lágrimas abrasaban mis ojos,

Contemplando,
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte,
Tan callando!

y temblaba por la vida de los míos, que á tantas lenguas de mí se acordarian del jóven proserito que en tierra estraña solo podia enviarles los suspiros de su corazón, y que acaso no volveria á verlos nunca.

La soledad, el susurro de la brisa que agitaba mansamente los árboles, la templada luz del crepúsculo, el murmullo del agua, y sobre todo mi propia imaginacion, estraviaron mi pensamiento de modo que arrancándome de la tierra me figuraba trasportado de repente á un jardin delicioso en las regiones mágicas de Ariosto.

«Fuera yo un caballero de las edades pasadas, y quién sabe si alguna silla apareciéndose en la enramada, ó alguna ondina, que no deben ser mejos amables unas que otras, me-

(1) Lo poco conocido que es este notabilísimo artículo, por haberse publicado en un periódico antiguo de poca circulacion y muy raro en el mundo, nos ha movido á trasladarle á nuestras columnas, seguros de que nos lo agradecerán nuestros lectores.

ciéndose voluptuosamente sobre las aguas, me acariciaria entre armoniosos cánticos, remontándome á sus dorados palacios aéreos, ó en lechos de espuma me bañaria con aguas aromáticas, hundiéndome con ella en el profundo de este rio, bajo afligridos techos de aljófares y de cristal. Tomáranme quizá bajo su proteccion fantástica, y cuidando de mí como de la delicia de sus ilusiones... ¡Y que no me dejaria yo cuidar, como quien no dice nada, de manos tan amorosas y suaves! yo que de mio soy naturalmente tan amigo de dejarme querer bien de las mugeres que me parecen hermosas. Y cuánto mas siendo ellas ondinas y silfas...»

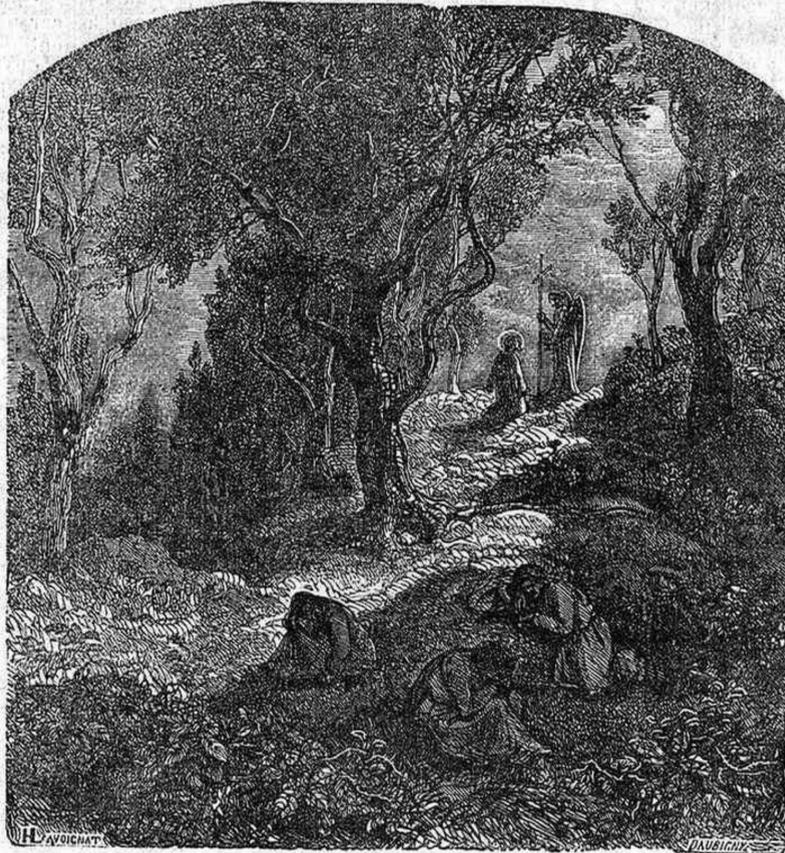
Miraba yo, mientras esto decia entre mí, á un lado y á otro, como el devoto supersticioso que acaba su súplica, espera en seguida se verifique el milagro.

Las copas de los árboles continuaban armoniosamente meciéndose, la brisa sacudia sus perfumadas alas á mi alrededor, seguian las estrellas su curso, las aguas su camino, y... y nada cambiaba en

la naturaleza. No ha sido esta sola vez la única que me ha sucedido lo mismo.

Y en torno gira indiferente el mundo,
Y gira en torno indiferente el cielo.

Sea todo por la misericordia divina; pero mas de cuatro



hallado una que pueda llamarse tal. ¿Dónde están aquellas princesas incógnitas, aquellos tiranos que las oprimian, aquella mano generosa, que cuando el caballero se acostaba pobre en su lecho, venia sin darle cata de ello, y le dejaba debajo de la almohada riquezas, que considerando la codicia de nuestra época, causarian al mas desinteresado corazón no menos sorpresa que gusto por su valor y su abundancia? Ah! esta loable costumbre ha desaparecido, por lo menos desde el tiempo de Lope de Vega, que decia:

Yo finalmente amanecí sin blanca,
Debió de ser que me acosté sin ella.

Pero, señor, ¿no me sucederá algo raro, algo extraordinario? Maldito siglo XIX, que sistematizando las sociedades has convertido la vida en una continuacion monótona de dias, que unos tras otros pasan sin dejar rastro apenas en la memoria. Ya nada sucede nunca que de contar sea. Hablaba yo en voz alta en medio de mi arrebato, cuando sentí que me tocaban blandamente en el hombro.—Aquí está mi aventura; dije entre mí, y volví azorado inmediatamente. Era lord Ruthwen.

—Su juventud y su poca esperiencia de V., me dijo con mucha mesura y gravedad, porque no ha producido la Gran Bretaña desde el rey Cimbelina hombre mas circunspecto, son la causa única de esas quejas. Niño, en ningun siglo han acaecido tantas aventuras como en el presente; á ningun hombre le ha sucedido todavía lo que á mí, ni hombre nacido ha inventado jamás, ni mucho menos visto nunca, lo que pasó ante mis ojos no há mucho tiempo.

Díjome esto con tono reposado y magistral; en su frente que iba á desvanecerse á la nuca, calva la cabeza como un hueso de marfil pulido, se irritó una vena que sobre el entrecejo le caia, sus ojos prominentes me miraron con tal fijeza que hicieron titubear los míos, y su continente altamente aristocrático-britano, tomando de repente el ademán de un nebráljico, me hubiera hecho temer por él y por mí si despues de un año de trato íntimo no me hubiera familiarizado con su carácter, no sé si me atreva á decirlo, extravagante.

—Y ahora, ahora mismo acabo de hablar con él, le he visto en la quinta próxima, enamorando y galanteando á miss Hershel: prosiguió dándose una palmada en la frente.

—Lord Ruthwen, le dije, esa aventura debe haber sido extraordinaria; no haríamos mal en retirarnos á casa: la noche aunque serena está húmeda, y ya es hora además de tener nuestro rato de conversacion como de costumbre, antes de acostarnos. Venid, y allí despacio y mas cómodamente me

veces hubiera yo vuelto y trastornado el orden de la naturaleza, y habria hecho reir al universo con mi alegría, y llorar á las estrellas, cuya luz no ha llegado todavía á nosotros, con mi dolor, si hubiera estado en mi mano.

Bailad, mortales; regocijaos, globos; brincad como cabritillos, ángeles y serafines, que estoy yo alegre: rasgad vuestras vestiduras, hombres; bramen de dolor tus entrañas, tierra; deshaceos y convertios en polvo, mundos, porque estoy triste.

Así hubiera yo dicho, y ojalá que así hubiera sucedido. Por lo demás, á quien mas y á quien menos, á todos de vez en cuando nos viene el mismo deseo.

Bueno es el cielo de ver, y magnífico pabellon el que desplagan sobre nuestra frente los aires; sabrosa es la luz del crepúsculo, pero ¿cómo gozar tanta hermosura? Con los ojos no basta, con las manos no llego, olerlo y saborearlo es empeño loco, pues ¿cómo disfrutarla, cómo apoderarse de esa belleza que ama tanto el espíritu, cómo guardarla para sí é identificarse con ella? De ningun modo.

Volvamos á la tierra y dejémosnos de devaneos que al fin han de llevarme á una casa de orates. Pero en la tierra nunca sucede nada, nada que mientras está sucediendo traiga carácter de aventura ni nos sorprenda. Pasó ya el tiempo de las aventuras. Yo he salido á los diez y seis años de mi patria, como un segundo D. Quijote á buscarlas, y todavía no he





contareis ese tan raro acontecimiento.

—No, repuso, necesito aire, las sienes se me queman... Y la mano estendida, apretábaselas con el pulgar y el dedo del corazon, contrayendo su rígida y nerviosa fisonomía. —¡Agua! Agua en la frente! Amigo mio, continuó enpuñando con fuerza mi mano, es V. muy niño todavía, pero yo necesito desahogarme, y V. es el hijo de mi amigo y merece V. toda mi confianza. Voy á revelarle á V. un secreto que si se divulga, quien no me tuviera por loco me tendria por embustero no conociéndome.

—Vengo de la Biblioteca y no he hallado un libro que me explique claramente la metempsicosis. La he reuelto toda, he hojeado cuanto en prosa y verso se ha escrito desde Pitágoras hasta el día, y nada he encontrado. Oh! amigo mio, amigo mio, añadió con el mayor dolor, el entendimiento humano tiene límites que no es dado traspasar. Ay del que se empeña en comprenderlo todo y en explicárselo! Mi corazon se ha secado como un arenal y mi imaginacion arde como un papel que se quema sin llama y que entre chispas se va reduciendo á ceniza. Aquí pienso que voy ya á coger la fórmula de la inmensidad, allí la del espíritu. ¡Pobre delirante! Como si hubiera sitio en la cabeza material para que cupiese desarrollado tamaño pensamiento; como si aunque lo hubiera, no me faltasen palabras en la lengua de los hombres para espresar el pensamiento de los dioses.

Oh! mi deseo me abruma, y mi impotencia me desespera. V., hijo mio, no sabe cuán grande es mi dolor. Yo puedo decir contigo, Shakspear.

I Have
That honourable grief lodged here, which burns
Worse than tears drown.

Las palabras del ilustre anciano revelaban claramente que se hallaba en uno de aquellos accesos maniáticos que mas de una vez, á pesar de mi profundo respeto hacia su persona, me habian hecho asomar la risa á los labios y meditar luego á ratos perdidos, que lo eran casi todos los míos, entre broma y veras, en la flaqueza y miseria de nuestro prójimo.

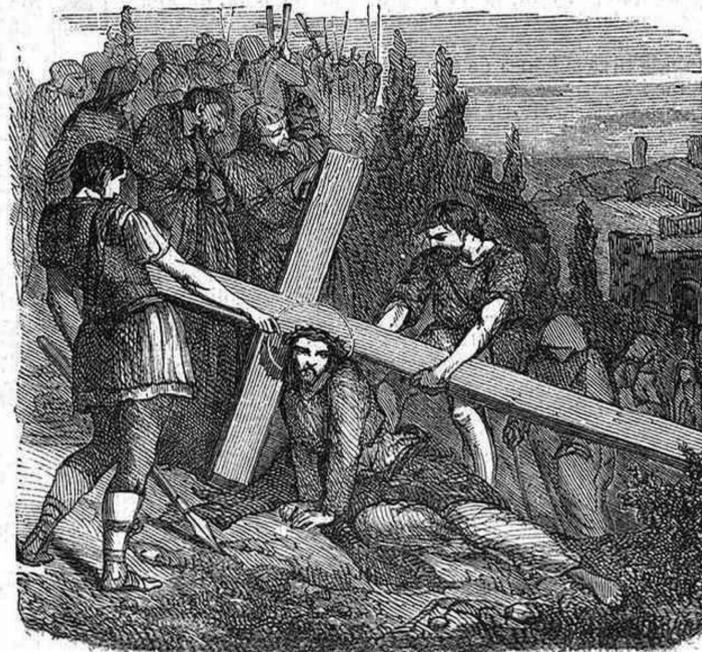
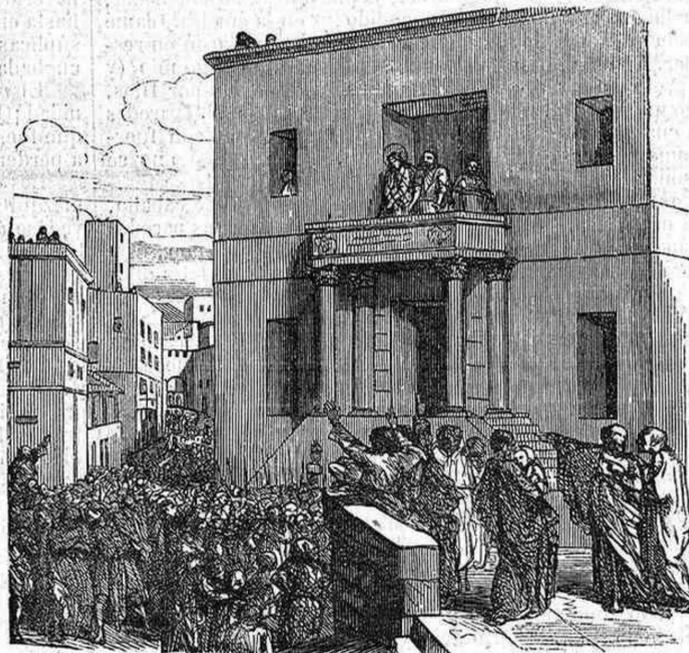
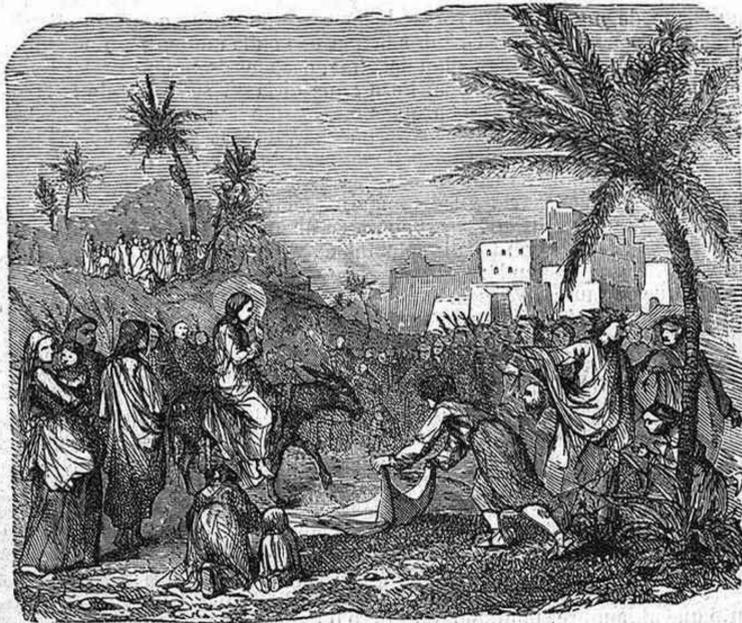
Resuelto á oírle, le invite á sentarse al pié de un árbol, dándome á mí mismo la enhorabuena del buen rato que se me preparaba. Siempre he preferido la conversacion de los locos á la de los hombres de juicio. Enseña tanto como la de estos y fastidia menos. Sentados ya, entreteníame yo en contemplar aquella imagen y semejanza de Dios, grave y metódica en medio de su desvario, que sin perder nada de su varonil dignidad, ofrecia sin embargo á otro semejante suyo, motivos de lastimosa risa. ¡Quién sabe cuánto hubiera hecho reír la vista de los dos seres superiores de la creacion, tan serios y dignos, á otro ente de mas alta naturaleza!

Entonces lord Ruthwen, con reposado continente, y severa, aunque desencajada fisonomía, dijo:

—Platon pensaba, amigo mio, que el alma era una llama encerrada en nuestra máquina material, cuya luz, dando la vida, solia asomar á veces por algunos resquicios, ansiosa siempre de dejar su cárcel, y volar á la inmortalidad. Los mas antiguos filósofos vieron en ella un reo: atribuyéronla el delito de rebelion, y la impusieron castigo. En el *Kathaka Upanishat* de los *Vedas*, dice que el espíritu elige el cuerpo de un animal y...

—Si señor, interrumpí yo, temeroso del torrente de erudicion en que amenazaba inundarme, y de ahí viene la purificacion de las almas, por medio de la trasmigracion ó metempsicosis. Pitágoras adoptó esta doctrina.

—Y á mí, continuó lord Ruthwen, no me queda ya duda de que es cierta. Años hacia que entregado á la lectura de las religiones y de los filósofos, y empapado en sus diferentes sistemas, vagaba mi entendimiento ansioso de resolver sus dudas en la cuestion del espíritu, cuando el raro suceso que he prometido contaros, vino, certificándome de la verdad del sistema Pitagórico, á



sepultarme de nuevo en mayores dudas y confusiones, que han de acabar con mi vida. Cuantos han creído en la metempsicosis, han supuesto la traslación del alma, después de muerto el cuerpo en que se encerraba. Pero ¿qué diría V. si yo le asegurase que he visto con mis propios ojos, y que he palpado con mis manos mismas un cuerpo de un cuadrúpedo, vivo y sano, y que este cuerpo se ha disipado de repente y convertido en el de un hombre, verificándose la trasmigración de su espíritu, cuando menos nadie podía imaginárselo?

Miré yo á lord Ruthwen, por si acaso se chanceaba; pero permaneció impassible con toda la solemnidad y buena fé de su locura, y prosiguió diciendo:

—Veó que le causa á V. asombro lo que le digo, y no me espanta. Figúrese V. cuánto mayor sería el mio al admirar fenómeno tan estupendo. Desde que tuve uso de razon, he sido aficionadísimo á caballos: puedo asegurar á V. que los mejores de Inglaterra han estado en mis cuadras. Yo creo que el caballo y el perro son los mejores amigos del hombre. El primero, para mí, no es otra cosa que un suplemento que la naturaleza le ha concedido en sus trabajos y fatigas. Un hombre á pié no es sino un ente incompleto; á caballo, pudiendo hacer cuanto á pié ejecuta, y muchas otras cosas que de otro modo serian impracticables, es el ser verdaderamente mas perfecto de la creacion. Reflexiones semejantes debieron dar origen á la antigua fábula de los Centauros.

—La definicion, le dije, me parece exacta, y tanto mas, cuanto que al hombre, montado en burro ó mula, no le comprendo.

—Así es, repuso con su seriedad imperturbable. Tenia yo, hace dos años, el mas noble, el mas brioso, la mas perfecta obra que en su taller ha fabricado jamás el escultor de la naturaleza. Era un caballo trasparente, sus venas corrían al través del cutis mas delicado y sutil que puede V. imaginarse, dejaba atrás el viento en su carrera, y su cabeza que latía toda lanzando vida y alma!... El alma, ah! así se salió aquella alma de su caja, así se escapó y trasladó á máquina mejor acondicionada para ella. Su inteligencia, que se bullía en su frente, mas de una vez me habia ya hecho meditar con asombro, pasmado yo de tanto poder de reflexion y memoria en un cuadrúpedo. Querido amigo, era un monstruo; y ¿qué habia de resultar de un monstruo sino una monstruosidad? Conocido y afamado en toda la Gran Bretaña, vencedor en cuantas carreras habia entrado á deslucir las mejor sentadas reputaciones, infinitos lo codiciaban, y cada dia desechara yo mil ventajosas proposiciones que se me hacian, procurando hasta con astucias y tretas arrebátarmelo. Lord King estaba de él tan enamorado, que viendo no habia medio de reducir mi voluntad, juró robármelo. Reime yo de su locura, y ojalá lo hubiera hecho antes que al maldito animal no le hubiese llegado la hora de cambiar de esencia y forma, y de transformarme á mí el juicio. Oh! sí! sí!

Bajaba yo todos los dias dos veces á visitar á *Pedrillo*, que este era el nombre de mi corcel, y una tarde, al anochecer, me hallé que aun no habian encendido luz en la cuadra. Llamé enojado del descuido, para que la trajeran, y tardaron en responder. En esto venia ya la luz!... ¡Atencion, amigo mio (y me apreté la mano, que me hacia daño), atencion por Dios, amigo mio! Venia ya la luz, y reflejaba apenas en las paredes de la cuadra. Los caballos inquietos herian el suelo con fuerza, como si presenciaran alguna vision temerosa. Yo no sé qué sudor frio bañó mi frente, perdí la razon, sentí que temblaban mis nervios, y ví, ví, como una sombra de caballo, que á medida que la luz se acercaba, subia por las paredes disipándose, y se levantaba al techo, donde, por último, desapareció desvanecida. En esto oí una voz que en latin dijo: *Gratias ago tibi Domine, Deus meus*, dando gracias á Dios. Entró la luz, sacudió una cabeza de hombre la cabezada de mi caballo, que parecia él tener puesta, y sin hacer caso de mí, que le hablé en inglés, sacó unas navajas, y mirándose en un cachillo de espejo, se puso á afeitarse con la mayor frescura del mundo. Ocupaba aquel hombre el sitio de *Pedrillo*, y *Pedrillo* habia desaparecido. Suavizando las navajas, me miró, y arrojándose de repente á mis piés, y abrazándome las rodillas, exclamó en purísimo latin ciceroniano:

«Perdon, señor mio, perdon, yo soy *Pedrillo*, ó por mejor decir, yo era ese *Pedrillo* que andais buscando, y que no volveréis á ver en toda la vida. En mí acaba de verificarse uno de los casos de la metempsicosis. Mi tiempo llegó, y me he transformado en hombre. ¿Queréis saber mas? ¿Será menester deciroslo todo, amo mio?» añadió con los ojos llenos de lágrimas. «Habeis leído sin duda á Horacio, y os acordareis en su arte poética del barbero Licinius. Yo, yo fui ese desventurado romano á quien desde entonces acá han sucedido aventuras capaces, si se contaran, de entenercer piedras y hacer llorar bronce, ¿No os acordais de Licinius? No os enojeis porque yo haya vuelto á mi pristino ser. Vos que amais tanto los autores clásicos de que tuve la honra de ser contemporáneo! dejadme afeitarme, y me iré despues, con vuestro permiso, á cumplir mi mision sobre la tierra. Soy Licinius; no tengo mas que deciros. Acordaos del *Nihil admirari* de mi compatriota, y no os admiréis de lo que es sin duda muy natural.»

El criado que habia traído la luz, del sobresalto la dejó caer. Hubiera yo con placer entablado conversacion con Licinius, pero cuando volvieron con otra luz, Licinius sin duda se habia ido á afeitarse á otra parte. ¡Mi caballo se afeitaba solo! mi caballo se habia convertido en hombre! en Licinius, el barbero que cita Horacio! ¡La metempsicosis se habia cumplido antes de la muerte del cuerpo! el sistema mas filosófico y profundo era verdadero, pero no en todas sus partes! el cielo me habia elegido á mí para testigo de vista de un caso incomprendible, sí, pero no menos cierto por eso... Cuánto he meditado despues! Cuánto he hecho por encontrar á Licinius! Todo en vano, todo en vano! ¡Ah entendimiento mezquino! ¡Oh miserable mundo, cárcel estrecha de los espíritus!

Diciendo así, inclinó la cabeza sobre el pecho, y arrojó tan profundos suspiros, que parecia que se le arrancaba el alma. Maravíllome la rara locura de mi huésped, y quedé suspenso.

Cuando un arpa armoniosa, como la música de los cielos, sonó á deshora en el bosque, y una voz suavísima y simpática que penetraba en el fondo del alma, como los cantos aéreos de la Sifilde enamorada, entonó el *Casta diva* de Bellini, mientras los aires, conmovidos con su sabroso eco, meciéndose en ella voluptuosamente, en deliciosas ondulaciones la traian. Sorprendíome de modo que creí que iban á realizarse en

fin mis ensueños. Levantó el anciano la cabeza y escuchó con recogimiento.

La voz se desvanecia como una nube blanca al crepúsculo de la tarde, y vaga y argentina, ya parecia descender de la estrellada esfera, ya salir del fondo de las cristalinas aguas, que á alguna distancia de nosotros se despeñaban.—Hubiera yo estado oyéndola estático toda mi vida.

—Es mi hija, dijo el anciano, mas sereno ya el rostro, y olvidado de cuanto poco antes le distraía. Es mi hija que me llama, con sus acentos de ángel. Bendita seas, hija mia, que no olvidas nunca las amarguras de tu padre! Vamos, amigo mio: esa voz es para mí como la de un serafin que en la muerte tranquila del bienaventurado, llama su espíritu desde la gloria.

La hija de lord Rutwen nos guiaba.

Sus ojos, ah! sus ojos miraban con una ternura tan íntima! cuando se alzaban sus párpados parecia que se abria el cielo. Oh! las inglesas son tan suaves, tan bellas! Dichoso país el nuestro, donde puede alabarse la hermosura de las extranjeras, sin temor de causar envidia á las en él nacidas para su encanto. Las españolas llevan el amor y la poesia en sus ojos.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

JORAIQUE

6

LA REBELION DE LOS MORISCOS.

NOVELA ORIGINAL, EN DOS PARTES.

PARTE PRIMERA.

(Continuacion.)

Los Reyes Católicos, que en aquella sazón estaban en Sevilla, retiraron su gracia al cardenal; pero este envió á su compañero fray Francisco Ruiz (1), el cual con su sagacidad y elocuencia le tornó á ella. Todo dió lugar á que el soldado de Egipto enviase una embajada á SS. AA., los que le contestaron por medio del célebre Pedro Martín de Angleria (2), que dió sus disculpas.

Viendo los moros que su causa estaba perdida, desesperanzados ya y vendidas las haciendas, pasaron unos á Berbería y otros se tornaron cristianos. Esta conversion se hizo en pocos dias, como dijimos antes, en bautismo general, sin prevencion alguna de la fé en que se les recibia (3).

La religion que sin base alguna profesaban, era menospreciada por los mas; dentro de sus casas seguian las antiguas costumbres nacionales, ya que en público no pudieran hacerlo; fuese esto cierto ó obra de la calumnia que les seguia hasta en el secreto del hogar doméstico, elevaron repetidas súplicas á los reyes, pero todas fueron desatendidas y no escuchada su razon.

El *ve victis!* de Breno es una ley constante de la humanidad! Qué les importaba á los poderosos reyes castellanos que fuesen oprimidos los árabes, resto carcomido y próximo á perderse de una nacion subyugada!

Los célebres baños de mármol del Albaicín, las suntuosas mezzitas fueron derribadas, sin respeto ni amor al arte: vedóse á los moriscos que bailasen á su manera y tañesen en las fiestas sus instrumentos nacionales: prohibióse que las mugeres fuesen veladas: que se vistiese el traje del país y hablase en la lengua de sus padres. Añádase á esto tener siempre delante de los ojos la amarga realidad de perder la patria, este hermoso y privilegiado suelo, donde el cielo es tan azul, los dias tan apacibles, tan calladas y misteriosas las noches, y se comprenderá fácilmente cuán grande seria el horror que profesarian á los castellanos, y cuánto su afán por romper la dura cadena de la servidumbre y soltar el yugo que les oprimia. El descontento era general é inextinguible, como en hombres que defendian sus haciendas, sus vidas, su religion y sus costumbres. Los castellanos estaban confiados y tranquilos, sin saber que pisaban sobre un volcan próximo á hacer su erupcion y devorarles acaso.

Los hilos de una conspiracion vasta estaban tendidos sobre la ciudad, y era difícil que se cogiese un solo cabo, pues desde el principal hasta el mas humilde de los conspiradores jugaba allí el todo por el todo: cada uno tenia una injuria que satisfacer, una esperanza que asentar ó una venganza que cumplir.

Prohibido á los moriscos que se acogieran siendo perseguidos á los lugares de señorío, ni gozaran de la inmunidad de las iglesias, se nombraron gentes de armas en pequeñas cuadrillas que no los dejaran descansar: estas, al alojarse en las casas de campo, se entregaban á mil géneros de excesos, y aquellos por su parte se huyeron á los montes, y bajo el mando de jefes valerosos y fanáticos, llamados *Monfies* (4), se entraban aun dentro de la misma Granada, y no perdonaban represalia alguna por bárbara que fuese.

La pragmática de Madrid cerró toda esperanza de calma y abrió el palenque en que, con armas desiguales, habrian de sucumbir á un los desgraciados descendientes de Omar: de nada sirvieron las embajadas de los moriscos, la proteccion que les dispensaba D. Íñigo Lopez de Mendoza, marqués de Mondéjar, D. Juan Enriquez, el duque de Alba, para que á lo menos se suspendiese por algun tiempo. ¡El guante estaba arrojado, y solo se habria de recoger tinto en sangre!

Los moriscos mandaron á Berbería á Aben-Dawd, para que trajese de allí algun socorro que les ayudara en la rebelion próxima á estallar; mas habiendo sido vendido Dawd y barrenada la barca en que saliera, por temor de anegarse tuvo que volver á la playa, y siendo oido por los guardas de Adra,

(1) Mármol.

(2) Maestro del inmortal historiador de Granada D. Diego Hurtado de Mendoza, y autor de varias obras literarias.

(3) Para hacer comprender á nuestros lectores de qué manera se llevaria á cabo, les empeñaremos á que leyesen la conversion del Zorri Azahator, que corre en la *Historia de la rebelion de los moriscos* por Don Luis del Mármol, al capítulo xxv.

(4) *Monfi*, bandido.

estuvo á punto de ser preso; en la fuga se le cayeron varios papeles que instruyeron á los desapercibidos castellanos de la conjuracion que rugia á sus piés, lo que, en vez de hacerles cejar, dió lugar á que se aumentase y se embraveciese mas y mas la opresion.

Hecha esta narracion histórica anudaremos otra vez el hilo perdido de nuestra novela. En ella tal vez tomemos parte, á pesar nuestro, defendiendo la causa de los desventurados hijos del Profeta; pero, sin desconocer nosotros el espíritu de grandeza que dominaba á nuestros mayores, con cuyo recuerdo nos honramos como españoles que somos, con perdon de nuestra nacionalidad, es necesario confesar que, si sobre la media luna se mostró triunfante la enseña de la cruz, fué entre torrentes de sangre; que si se dió una civilizacion nueva á un pueblo numeroso, quedó yermo y despoblado este hermoso reino; si se aniquiló una nacion enemiga que estorbaba, esta nos ha dejado inolvidables recuerdos, gratas y hermosas páginas que honran su memoria, que nada puede borrar.

Al recorrer las estrechas calles del Albaicín, pensamos con amarga fristeza en los baños y mezzitas derribados, en los árabes dolorosamente arrancados á la admiracion del arte!... Al entrar en el palacio de los descendientes de *Alhamar el Magnífico*, obra secular de brocado y encaje, echamos de menos la parte de invierno, y entrando por sus patios y sus salones, recuerda el alma los gratos nombres de Gazules y Abencerrajes: cremos escuchar los ecos de la morisca zamlra, y al sombrear la luna sus mágicas estancias, embelesarnos con el ruido que nos trae la brisa en sus orientales jardines, como suspiros de amor, y distinguir las formas de las Zoraidas y Lindarajas que, como fantasmas que evoca un ensueño del corazon, pasan fugitivas á través de los rosales alejandrinos, entre los mirtos y arrayanes, rozando sus voluptuosos trajes moriscos en las delgadas columnas!!!

CAPITULO III.

Un calabozo del Santo-Oficio.

La morisca fué conducida á un profundo calabozo, no pudiendo arrancarla de su estupor el sonar de la herrada puerta que se cerró á su paso. Aun no sabia ella misma lo que la sucedia. Algunas veces la desgracia abruma tanto, que llega á suspender y embotar el uso de los pensamientos: es un vértigo que nos trastorna. Cuando pasó algun tiempo, la infeliz hubo la informe y secreta conciencia de su desgracia; veia un abismo abierto á sus plantas; pero no se atrevia á echar la sonda y leer la conclusion del drama incompleto de su vida.

Entonces tendió la vista en derredor: el aposento era negro y estrecho, alumbrado apenas por una luz raquítica y pobre que parecia próxima á extinguirse. Aquella atmósfera glacial penetraba hasta la médula de los huesos de Aurora... Ella, pobre muger, ha'ituada á adormirse bajo el blando calor del amoroso beso de sus hijos, estaban recostados sus miembros delicados sobre un monton de paja infecta; pero no sentia aun los padecimientos que la circundaban; pues esperaba de un momento á otro ver á su esposo y á su hijo. ¡Agonia profunda é inesplicable! ¡Acaso estarían ellos en aquel instante mutilados y exánimes por la mano del verdugo!... ¡Tanta tardanza la hacia pedazos el alma! ¡Oh! ¡Con qué abrumadora lentitud pasan las tristes horas para el corazon que sufre!!!

Entonces anheló salir á encontrarles, á correr tras de la esperanza que siniestramente la habia infundido el sacerdote, ó á morir con ellos... Levantóse precipitada, quiso abrir la puerta; pero esta resistió tenazmente el empuje de sus delicados miembros... cansada ya y desfallecida, cayó sin esperanza contra el duro pavimento del calabozo.

Por una intuicion amarga penetró luego la infeliz cuánta maldad se encerraba en la conducta de su guia, y las intenciones pérfidas que abrigaban sus postreras palabras.

Pasó así largas horas en la desesperacion... despues, reconcentrándose su dolor, abandonóse á los extraños é irreales proyectos que pasan por el corazon de los encarcelados... al fin y poco á poco comprendió del todo que estaba en las manos de su enemigo, y que tal vez la inutilizaria para la venganza.

La mitad de la noche sería ya, cuando la pesadilla de la desesperacion, ese ensueño violento de los desgraciados, iba aletargando su cuerpo; la puerta giró sobre los goznes, y cuidadosamente se deslizó por ella el sacerdote de Bib-al-Bolut, cerrándose despues sin producir el mas leve ruido... El se acercó á Aurora, y á la luz moribunda del farol se abandonó á contemplarla.

Pasó así largo tiempo; pero el poder de su mirada profunda penetró, como la mirada del magnetizador, los senos del alma de la morisca, que despertó sobresaltada, tropezando sus ojos con él.

El primer movimiento que encontró el sacerdote fué el de una repulsion instintiva... pasaron así algunos segundos.

—Oh! dijo al fin Aurora ¿no comprendéis mi ansiedad, no veis cuánto sufro?

El guardaba silencio.

—¿Qué habeis hecho de ellos? ¿Hay esperanza? continuó.

—Pero tampoco obtuvo respuesta.

—Acabad, acabad, siguió la morisca, ¿no veis que me estais matando?

—¡Oh, qué desventurado soy! dijo el sacerdote como hablando con su misma alma.

—Es imposible que en el mundo haya tanta maldad, continuó Aurora. ¡Acaso, empero, haya completado su barbarie!... ¿Qué habeis hecho de ellos, interrogó con delirio, cogiéndole del vestido? ¿donde están? ¿A qué me habeis traído? ¿qui cerrando esa puerta pesada, sumiéndome en la desesperacion mas acerba? ¡Oh, no sabeis cuán horrible es la sucesion del tiempo, cómo pasan los segundos, cayendo uno á uno sobre el alma como plomo derretido!... ¿Qué habeis hecho de ellos?

—Perdóname, dijo él torciéndose los brazos, ¡ya era tarde!

—¡Tarde! ¿Han muerto acaso? ¿Dónde estan? que yo les vea!

¡Oh, quien me dijera cuando me sonreia la vida de una manera tan grata, cuando me hallaba rodeada del cariño de mi esposo, de mis pobres hijos, que dejarían de existir de una manera tan sangrienta, tan horrible!... que me habia de ver sola, sola en el mundo! ¡Pobre Farax! ¡Leila mia! ¡vos-

otros sois la última esperanza de mi corazón! y cuando nuestro pueblo se levante á cobrar su libertad perdida, me ayudareis en el último consuelo que queda á mi pecho: el placer de la venganza! ¡Los hijos de Ismael no estarán siempre esparcidos como las secas aristas que lleva en sus alas el cierzo del otoño! ¡No hay grande sino Dios! El verdadero creyente podrá, al levantar un día la libre cabeza, distinguir sobre los minaretes de Granada la medalluna del profeta. ¡Entonces llegará la hora de la expiación!

Su frente doblóse por el dolor... pasados unos instantes la alzó, y halló todavía frente de ella al sacerdote, que parecía abrumado bajo una de esas desgracias irreparables, hijas del hado, que el hombre no puede contrariar.

—¿Qué haceis ahí? le dijo con frenesí, ¿no estais aun satisfecho de vuestra obra? ¿Venís á deleitáros mas y mas en mi dolor? ¿Qué consuelo me habeis traído? ¿Queréis hablarme de vuestro amor, proponerme una esperanza, ó decirme que estoy bajo de vuestro poder? ¡Oh! no, mi alma está libre y vaga á vuestro pesar en medio del recuerdo! Sois la pesadilla de mi vida con vuestro infame cariño: él no me ha dejado mas que lo pasado, que amarga, que envenena, y mi presente y mi porvenir sombrío!...

Después, por una transición del dolor, dijo al sacerdote: —¡Dejadme ver por piedad! si no han muerto aun, yo dejaré de existir con ellos! no me priveis de este placer!

—No, no, dijo él retrocediendo aterrorizado ante esa idea. —Quiero gozar el triste consuelo de derramar lágrimas sobre sus cadáveres.

—Viven, acudió el sacerdote, como si estas palabras fuesen mas horribles aun que la creencia de la morisca, y bastante poderosas para apartarla de su intento.

Aurora cayó á sus piés, recobrando la esperanza perdida. —¡Sois un ángel! exclamó besando su negra vestidura. ¡Los salvareis al fin! Perdonadme... pero... ¡soy tan desgraciada que equivoqué vuestra noble alma!

Cumpliendo la santa palabra que, como un rayo de dulce esperanza, deslizasteis esta tarde en medio de mi desesperación, habeis llegado á tiempo de evitar el tormento que amagaba sus cabezas... ¡Perdonadme! ¡perdonadme! repitió. ¡Si vierais las horas que se han sucedido esta noche en medio de mi agonía! La atmósfera glacial de este calabozo hiela el corazón, y hace que la desconfianza bañe el pecho, y que el pensamiento se pierda y se extravíe... Quise correr tras de vos: en mi inquietud inmensa, abrigué dudas criminales y tropecé contra esa puerta que, como un muro de bronce me cerraba el paso del desengaño. ¡Disculpad mi poca confianza! Amargas sospechas se apoderaron de mí, hasta me atreví á dudar de vos, de vos que sois el salvador de mi vida... ¡Oh! perdonadme, pero... soy tan desgraciada!!!

Algunas veces la Providencia castiga á los criminales con multiplicadas represalias. El sacerdote sufría en este momento, al escucharla, una tortura mas cruel y lenta que la que habia impuesto á los seres queridos de la morisca. Para acabar de una vez su martirio, dijo rápidamente:

—Os equivocais, Aurora. No me mateis con elogios que no merezco, que me humillan mas y mas! Cuando llegamos... ¡era tarde! Vuestras últimas palabras de amenaza han influido de una manera irrevocable en nuestro destino. ¿Veis cuánto puedo entre los cristianos? Pues me es imposible salvarlos. El tormento les ha arrancado, aunque á trozos y de una manera incompleta, el inmenso plan de una conspiración. Esto ha sido lento y sucesivamente... acaso ni aun puedan cumplir el fatal destino que les amenaza.

—¡Oh! dijo Aurora midiéndole con la vista, sois un monstruo!

Su mirada acerba habria postrado al corazón mas fuerte, cual el crisol funde los compactos metales; el sacerdote, como contestando á una pregunta muda, repuso con amargo acento:

—No, no creas que vengo á hablarte de mi amor; demasiado conozco á qué punto me ha llevado la desventura; mi corazón está mudo, y veo un lago de sangre entre los dos... vengo tan solo á salvarte, á sacarte de esta prision donde te aguarda la muerte. En un navío que sale para Berbería podrías marchar segura... No te quiero decir cuánto es el amor que te profeso... voy á quedarme solo, abandonado á mis recuerdos, sin esperanza, lejos de ti para siempre! Pero acaso cuando llegue un día en que la calma se apodere de ti, verás que la desventura, el fatalismo me han conducido lejos de mi punto de partida... Yo no quisé al principio otra cosa que domar tu altivez, asustarte con la prision de tu hijo y de Adel... luego ofendiste todo lo que hay en mí que pudiera halagarme... cumpliendo un juramento sagrado que á mí mismo me hiciera, si á las ocho de la noche no habia yo vuelto, ellos habrían de sufrir la prueba del tormento. Aquella entrevista postrera fué dolorosa, llena de crueles emociones! Todo lo olvidé, pues estaba delante de ti, de ti que me hablabas un lenguaje diverso y me haciais palpitar el corazón de dolor y de placer á la par!... Mi alma saltaba deshecha... ¡Cuando el reloj me despertó era ya tarde! Todo lo habia olvidado!!!

Entonces, hiriendo mi amor propio, me amenazaste con hacer pública mi deshonra secreta!... Tú no sabes cuánto cuesta perder entre las manos envidiosas de la calumnia, una reputación de largos años. ¡Verse hoy venerado como un ángel y perseguido mañana por la bafa y el escarnio universal! En medio de mi terror y de mi cólera, te traje á este tribunal sombrío, de donde el que no sale para la hoguera, muere deshecho y trunco por la rueda del tormento!... Vi á los seres que amas tanto... su presencia me causó horror... comprendí que entre los dos habia un abismo insondable... ¡que cumplirías tu sangrienta promesa! Un vértigo fatal se apoderó de mí... reveláronme cuanto habia dicho Adel en el tormento... nada se les puede arrancar ya... en el próximo auto de fé están decididos sus destinos!... Ya saben que tú tambien estás aquí, no se atreverán á atentar contra tu existencia; pero hay suplicios mas crueles aun que la hoguera. Quieren dar un espectáculo que sirva de lección á los moriscos, y vosotros estais señalados como las víctimas. El carcelero obedecerá mis órdenes; dentro de pocas horas estarás ya libre. Saldrás de España... lejos de tus enemigos y de mi amor que ha sido tu desgracia... ¡oh! ¡no te pediré un recuerdo! tienes el derecho de aborrecerme, de odiarme... á mí que vertería por el mas ligero de tus sufrimientos gota á gota toda la sangre de mi corazón!!!

Estas palabras fueron dichas por el sacerdote con rapidez, como si anduviese sobre carbones encendidos; pero con el convencimiento de la desesperación mas sombría y dolorosa.

La morisca sufría inmensamente; pero en su rostro meridional se retrataba, ya la agonía sin fin, el desprecio sarcástico ó la venganza que se va á satisfacer de una manera pronta y segura. Al concluir de hablar el sacerdote, su espresion era de resolución glacial é inmutable. El tuvo miedo al mirarla.

—Seguidme, la dijo, como queriendo evitar una contradicción que no comprendía.

—Me los vais á devolver? contestó ella con un tono que penetró en su corazón como la hoja fría de un puñal.

—Seguidme, seguidme, la repitió con terror: dentro de poco será tarde.

—¿Y adónde vais á llevar á vuestra hermana? interrogó Aurora con provocadora ironía.

—Tened piedad de mí! contestó el sacerdote cayendo á sus piés.

—¡Oh, repetidme los proyectos de nuestra vida al otro lado de los mares, vuestras protestas de amor!

El alba apuntaba entonces, esparciendo una claridad dudosa, naciente, que comenzaba á penetrar apenas por los estrechos hierros del calabozo; á lo lejos se sentía el murmurio del blando céfiro de la mañana, y el trinar de las aves, y el rumor confuso de la ciudad, palpación inmensa de la naturaleza al despertar de ese letárgico sueño que llaman noche.

—¡Harto te has vengado ya!... ¡Tu propia desgracia delante de mí sin poder luchar con ella! Para que te satisfagas, tienes tambien los largos años que me quedan de remordimiento, de estar solo con mi conciencia y mi loco amor!... ¡Oh! huyamos... Aun es tiempo de que aprovechando esa hora de la noche, en que las rondas y los malhechores dejan la ciudad, puedas salvarte.

—¿Queréis libraros de mí? interrogó la morisca.

—¿No ves, desgraciada, repuso él, que solo vas á tropezar con la muerte en medio de tu ceguera? Ten lástima de mí, de los dos, no añadas ese dolor sin consuelo, á la cadena sin fin de mis remordimientos: dentro de pocos instantes ya no podré arrancarte á tu fatal destino.

—Moriré, contestó; pero os digo como esta tarde: mañana la ciudad entera repetirá asombrada el extraño secreto de vuestra deshonra. ¡Quedaré vengada!

—Ven, ven, dijo suplicante... mira... me postro ante tí! Ya has menospreciado y herido mi amor, mi corazón!...

—Y abatiré lo que resta aun en vuestra alma en que pudierais hallar consuelos un día, el orgullo de vuestra fama, el vano recuerdo de vuestro nombre, que será repetido con escarnio, excitando provocativos sarcasmos en las conversaciones de los mas humildes plebeyos. Vos dais un espectáculo á la ciudad asombrada... yo le daré otro. ¡Deshonra por deshonra... quedaremos ambos satisfechos!

—¡Oh, acaso se haya perdido todo! exclamó él, tal vez ya sea imposible la fuga!

En aquel momento llegó hasta ellos claro y distinto el rumor de una porción de pasos desiguales que se aproximaban, pero con algunas interrupciones; el reflejo débil de luz artificial penetró por la abertura de la puerta, que, mezclándose con la dudosa claridad del día, hizo un contraste extraño: el farol de la prision habiase apagado momentos antes.

—Es la ronda del alba que hace su visita acostumbrada, continuó; si llegan hasta aquí, ya no hay esperanza.

—¿Teneis algun enemigo, un celoso rival dentro de estos muros? dijo la morisca con voz triunfante. Ese será el primer eco que repita mi venganza.

El hizo un movimiento de desesperación.

Entonces se abrió la puerta, y una linterna sorda iluminó el aposento con su luz clara; detrás asomaron cuatro familiares completamente vestidos de negro.

El sacerdote se adelantó con precipitación; su rostro estaba abatido, con la agitacion y la fiebre, de la inútil lucha que sostuviera.

Todos le saludaron inclinándose con respeto profundo.

—Hace tiempo que buscaba á vuestra paternidad, dijo un familiar, y cuando menos lo esperaba os encontré al fin. El Santo Tribunal os aguarda.

—Que nadie hable á esta muger, dijo el sacerdote saliendo, sin excepcion de persona alguna... oye bien lo que te digo, pues interesa á la fé.

La morisca quiso hablar; mas con la ligereza del pensamiento habia sido cerrada la puerta... gritó con todas sus fuerzas... afuera no se sentia otra cosa que un vago murmullo.

—Desgraciada, dijo uno, viendo que se alejaba el sacerdote, no habréis logrado arrancar á la relapsa de sus fatales errores ni aun la elocuencia del sabio y virtuoso Fray Francisco Abarado.

Después quedaron el corredor y la prision mudos y silenciosos como dos tumbas!

CAPITULO IV.

El palacio de Mondéjar.

Mas allá de la iglesia de San Francisco de la Alhambra y después de dejar á un lado el paseo de Palacio, al entrar en el callejon que termina en la torre de los Picos, á la diestra mano, nótese un fuerte muro que sirve de cerca á un cármén (1), que no pueden destruir las yedras y los zarzales de que está cubierto, que lo miran lentamente. Un anticuario, un poeta, se detendrían allí con entusiasmo; encontrarían el callejon sombrío, siniestros los restos del muro; detendríanse á considerar sus penascos que desmorona el tiempo, sus losas de verde barniz, esos objetos evocarían recuerdos de la antigüedad en sus almas, historias pasadas, olvidadas tradiciones, como las amarillas hojas de un poema desgarrado (2).

—Esos fragmentos de tapia son las ruinas, cuanto queda del palacio donde moraban los muy poderosos marqueses de Mondéjar.

En los tiempos á que nos trasladamos en nuestra verídica

(1) Dase este nombre en Granada á los bellísimos jardines y casas de recreo que embellecen los alrededores de la Alhambra y las márgenes del Darro.

(2) En estos últimos años se ha reformado la pared y todo ha desaparecido bajo una magnífica capa de cal.

historia, alzaba aun el palacio sus altos muros y sus torres gigantescas, que le daban la apariencia grave de una fortaleza siempre despierta, como un centinela avanzado, dominando la ciudad risueña.

Nuestro fuero de novelista nos permitirá que, sin ser vistos de la guardia, pasemos las puertas chapadas de hierro y conduzcamos á nuestros lectores, no tropezando con obstáculo alguno, hasta uno de sus vastos salones.

Es el principio de la noche de uno de los postreros dias de diciembre de 1568.

Cerca de la chimenea donde ardía un gran fuego, y sentado en un sillón á cuya espalda estaban esculpidas las armas de los Hurtados de Mendoza, habia un anciano de facciones graves y nobles, llamado D. Iñigo, tercer marqués de Mondéjar. Frente á él estaba una señora completamente vestida de luto, bella aun, á pesar de sus diez lustros, por el aire de bondad y de dulzura que bañaba su rostro; mirándola con cuidado un poco detenido, se creeria tal vez que las arrugas que surcaban su rostro eran precoces, que su mirada era melancólica, triste, y que algun pesar secreto la minaba el corazón.

Era su esposa Doña Elvira de Mendoza.

—Hablad con entera libertad, señor Don Diego, dijo el marqués dirigiéndose á un caballero de apostura arrogante y soberbia que cerca de él estaba: Astasio puede oírnos, no tenemos secretos para él: Doña Elvira y yo le consideramos como nuestro hijo.

Doña Elvira, que estaba embobada en contemplar el fuego, se conmovió imperceptiblemente á estas últimas palabras.

Un gallardo mancebo se adelantó hácia el marqués.

—Si me permitís... le dijo.

—No, no, contestó aquel con bondad; quédate, Astasio; tal vez te necesite.

D. Diego quiso dirigirse á la marquesa; pero bien pronto renunció á esta idea, pues estaba abandonada en secretos pensamientos; habló pues á D. Iñigo.

—Estrañó os parecerá, señor marqués, que separándome de los graves proyectos que antes nos ocupaban, os hablé de uno que me quita la calma meses há. No sé si conoceriais la impresion que produjo en mí la vista de Doña María: su recuerdo me tiene desasosegado é inquieto; bastos decir que la amo como se puede amar á vuestra hija; vos conoceis mis esperanzas: estuvisteis ligado con estrechos vínculos de amistad á mi padre...

—Si, era un valiente caballero, interrumpió D. Iñigo con entusiasmo: murió peleando heroicamente contra esos descreídos, agobiado por la muchedumbre que le rodeaba. ¡Pobre amigo mio!

—Pues bien, yo os pido la mano de vuestra hija. ¿Querreis otorgarme tan señalada honra?

—Doña Elvira, ¿qué os parecen las proposiciones de Don Diego?

La frente de Astasio, en quien nadie reparaba entonces, estaba bañada de sudor... Su rostro revelaba la impresion de un padecimiento nuevo y extraño... Tenia los ojos tristes, dirigidos al cielo, como si viese atravesar las nubes, huyéndose al ángel de su esperanza... Al escuchar las postreras palabras de D. Iñigo, los dirigió á la marquesa, que interpelada de una manera tan súbita, alzó la cabeza y contestó con dulzura dolorosa.

—Que nos honra, que es digna de su noble sangre.

—Ya lo oís, dijo D. Iñigo.

Astasio se dejó caer, como desfallecido, en un sillón, y dos gruesas lágrimas le abrasaron el rostro.

Doña Elvira añadió:

—Pero antes es necesario consultar el corazón de nuestra hija, puesto que se trata de su felicidad.

El marqués la dijo con convicción:

—Bien sabeis que no es necesario sentir una de esas pasiones juveniles, que solo existen en las trovas y romances, y que si alguna vez por acaso se conocen, pasan livianas como ese fuego que á vuestros piés se consume, sin dejar entre sus apagadas y frias cenizas lugar alguno para el conyugal afecto que jamás se acaba, que nos da la verdadera felicidad.

Nosotros mismos, con nuestra propia vida, probamos esto de una manera que puede tranquilizarnos por el porvenir de nuestra hija. Perdonad, señor D. Diego, le dijo interrumpiéndole, no es esto dudar de vos, imposible es que renegárais de vuestros ascendientes, tenemos la mas ciega fé en que intentariais su felicidad.

Luego continuó:

—Jamás nos habiamos visto nosotros: una vez me dijo mi padre: «he pensado en tu porvenir, debes pasar á una existencia nueva: esta noche vendrás conmigo al palacio de Don Alvar de Mendoza»... Le seguí... os ví por primera vez, y á los pocos dias éramos el uno del otro para siempre.

Al principio noté en vos un aire indefinible y vago de tristeza: creí en algunos momentos que ibais á hacerme alguna confidencia oculta, á revelar me un secreto pero... Os lo confieso, una inquietud vaga se apoderó de mí... pero me habia equivocado!... Terni no hacer vuestra felicidad... Convencíme al fin de que todo nacia de ese carácter melancólico que me domina, pese á la bondad y á la dulzura de vuestra alma!!!

El corazón de Doña Elvira palpita con violencia bajo su negro vestido á estos recuerdos evocados con tan confiada calma.

El marqués continuó:

—Y no podia ser de otra manera: educada en la soledad y el retiro por nuestro noble padre, casi niña ¿qué pesarosos recuerdos os habian de apenar? A mí tampoco se me alcanzaba nada fuera del ejercicio de las armas... Acordaos de esa estrella que sale bajo el escudo de los marqueses de Mondéjar, de la letra que tiene en derredor añadida por mis padres; dice: *buena guía*. Esa estrella es el noble corazón de un Hurtado de Mendoza, que siempre marcha derecho y orgulloso y firme por el camino de la virtud!

Oh! me parece, señora, que nada tendreis que responder á esto, concluyó el marqués con aire triunfante y risueño.

D. Diego guardaba prudente silencio. Astasio estaba perdido en la oscuridad del vasto salon.

—Mañana hablareis á Doña María de nuestros proyectos, que serán cumplidos y acatados con placer viniendo de sus padres. D. Diego, aceptamos vuestra propuesta.

Este se inclinó con reconocimiento.

(La continuacion en la página 142.)



EL ARRULLO.

LETRA DE DON FRANCISCO CAMPRODON,
SCHOTISCH PARA LECTURA AL PIANO.

Despacio.

INTRODUCCION.

Nota. Como cada parte se repite, la primera vez debe leerse la línea superior, y la segunda la inferior.

LECTURA.

Sus - pi - ros hay, mu - ger, que a - ho - ga el la - bio en flor, que al - ha - gan al na - cer y es -
De un va - go de - se - ar qui - zás las ho - jas son, in - quie - to mal - es - tar que o -

SCHOTTISCH.

PIANO.....

- pi - ran sin ru - mor: in - men - sa lan - gui - dez que una mu - ger cual tú la de - be haber sen - ti - do al - gu - na
- pri - me el co - ra - zon: pues e - se fre - ne - sí sin for - ma y sin co - lor lo sien - to yo pa - lo - ma jun - to á

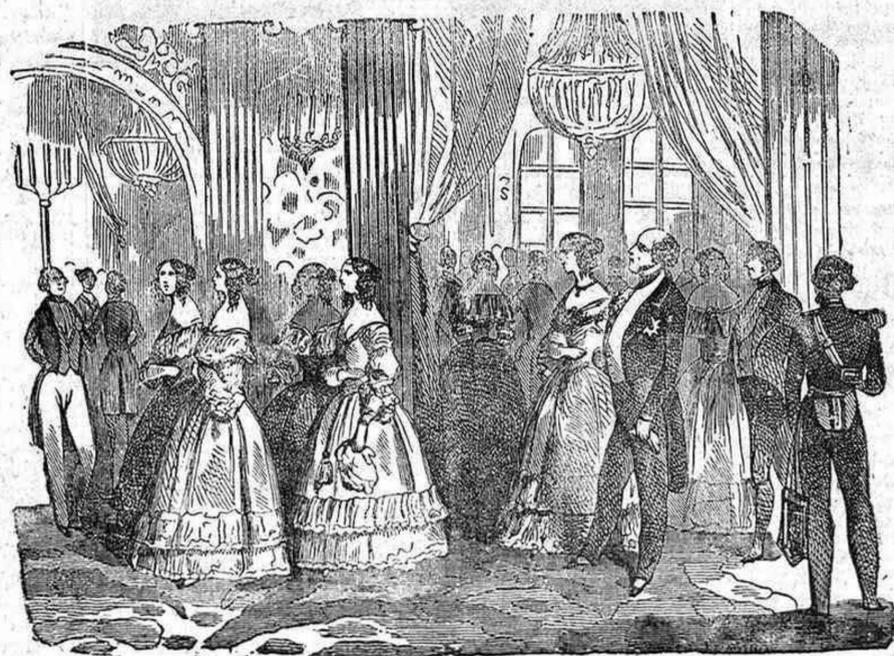
vez. De bri-sas que se van por la la - gu - na á mur - mu - rar del ra - yo tre - mo - lan - te de la
 tí. Con - tem - plo las es - tre - llas de e - sos cie - los de za - fir, que vier - ten es - pe - ran - zas y con -

lu - na so - bre el mar, el ma - te de esa tez me trae á la i - lu - sion un ba - ño de su mis - ma lan - gui - dez.
 - sue - los al lu - cir, yo ad - mi - ro su ful - gor mas sien - to jun - to á tí: que el ra - yo de tus o - jos es me - jor.

pp. *pp.*

¿En dón - de es - tá un pla - cer que pue - da com - pen - sar la glo - ria de absor - ver tu lán - gui - do mi - rar? ¿En
 Los di - as que se van, pa - lo - ma, sin vol - ver nos de - jan el a - fan se lle - van el pla - cer. La

dón - de es - tá una flor que hue - la co - mo un si ba - ña - do en el per - fu - me de tu a - mor?
 vi - da se va en pos sin ver ja - más lu - cir un di - a de ter - nu - ra en - tre los dos.



La lumbre apenas tenia ya resplandores, y los candelabros no iluminaban sino á medias el lugar de la escena... Oyóse un golpe en el fondo... Todos volvieron el rostro.

—Es Astasio, dijo el marqués.

—A mí también me honra que pertenezca á nuestra familia el hijo del noble D. Ramiro del Monte. Pero esta guerra que nos amenaza, dijo Doña Elvira, que acaso estalle antes de lo que creemos...

—¡Ah! por su puesto, añadió el marqués, ¡no temais! Así que todo esté tranquilo se realizarán nuestros proyectos; mal se avendrían los aprestos de boda, las caricias conyugales con el rencoroso ardor de la guerra civil y el estruendo marcial de las batallas... Aun tengo esperanza de que se suspenda la fatal Pragmática.

—El reverendo maestro fray Francisco Alvarado, interrumpió un criado anunciando.

—Que entre, contestó el marqués.

D. Diego se inclinó profundamente.

—Os doy gracias, dijo, por la señalada honra que me habeis concedido esta noche.

—Estamos conformes, le interrumpió D. Inigo estrechándole afectuosamente la mano, vuestra será Doña María.

El fraile entró.

—¿Qué hay de nuevo en la ciudad, reverendo maestro? preguntó el marqués.

—Demasiado, contestó el jesuita: el tintorero de la plaza de Bib-al-Bouit, á quien habia preso el Santo Tribunal por profesar aun los ritos de Mahoma, al sufrir la prueba del tormento, ha declarado con su hijo el plan de una conspiración inmensa; pero sin señalar precisamente el día en que ha de estallar, y que sin embargo no debe ser muy lejano. Si no estuvieran comprendidos en el número de los que han de servir de espectáculo en el próximo auto de fé, se hubiera intentado arrancarles mas su secreto; pero es imposible: acaso ni aun puedan cumplir sus sentencias, tan mutilados quedaron!

—Dicen, reverendo maestro, que va á estar lucido por demás el auto de fé, interrumpió D. Diego acariciando cuidadosamente su bigote á la borghona.

—Sí, sí, contestó Alvarado, eso va á edificar á los moriscos y servirles de saludable ejemplo.

—La ciudad entera asistirá con sus trajes de gala, añadió, el veinticuatro.

—Ha sido una verdadera desgracia no sorprender enteramente sus designios, dijo el marqués, acaso con ello se habrían podido evitar desgracias sin cuento. ¡Cuánta sangre generosa va á derramarse en esta guerra inútil y funesta!

—¿Quién sabe ni puede penetrar, contestó el fraile, los designios de la Providencia? Esos descritos quieren seguir pertinazmente en su error, y como Sodoma y Gomorra serán barridos de la faz de tierra.

—Dejando sembrado de sal, yermo y despoblado este hermoso reino, pensó la marquesa.

—Cuando el sagrado pendon de Castilla llame á los fieles para la lucha, interrumpió D. Inigo, cortando una cuestión que asomaba enojosa siempre entre los ricos descendientes de los conquistadores que tenían interés en conservar á los moriscos, y el poder clerical que nada poseía aun con cortas escepciones, y al que enriquecía la proserpción. entonces será la primera que le siga la enseña de los Mondéjar: al sonar el ronco bramido de la guerra no se discutirá la oportunidad de la pragmática, si el honor de la patria... por él deben verter su sangre los Hurtados de Mendoza: tuyas son nuestras vidas y nuestras haciendas, que debemos prodigar sin preguntar la razón...

—¿Con que nada mas sabemos sino que estamos amenazados y que debemos dormir al abrigo de las balistas!...

—Imposible parece que vos, reverendo maestro, dijo Don Diego con acento en que alguno hubiera encontrado algo de ofensivo; parece imposible que vos, descendiente de ese pueblo, no hayais logrado toparos con un delator entre vuestros antiguos hermanos.

—¿Quién sabe! contestó el fraile.

—¿Qué hay pues, interrogó D. Inigo?

—Háme prometido un mozo *gandul*, antiguo monfí, por algunos ducados de oro y la promesa de su perdo, llevarme á un sitio desde donde pueda oír á los moriscos, que se reúnen esta noche, crecidos en número y osadía, en una casa del Albaicin.

—Guardaos, maestro Alvarado, no os lleven á alguna emboscada donde dejeis la vida por vuestro excesivo celo. Esos desgraciados os profesan rencor profundo: dividís su odio con el cardenal, y no habria uno de ellos que dejase de dar cuanto poseyera por tener el placer de vengar en vos los padecimientos de su infortunado pueblo.

—¿Qué es en el mar, dijo el jesuita, una gota de agua desprendida entre su blanca bruma? ¿Qué importa la vida ó la muerte de un oscuro sacerdote?

—Por si acaso, contestó el veinticuatro, no estaria demás que para ayudar vuestros cristianos desvelos, fuesen tras vos algunas docenas de los buenos arcabuceros de Adra!

—Que irian anunciando mi camino por donde quiera que fuese!

Quando los Reyes Católicos entraron en Granada, dieron porciones de terreno á sus principales caudillos. D. Inigo Lopez de Mendoza, primer capitán general del reino, obtuvo no pequeña parte, edificó su palacio en el sitio que hemos descrito, y cerca de él dió á otro Astasio de Bracamonte, como su allegado y favorito que era, una estancia del palacio de los reyes granadinos, y este la legó á su hijo, héroe de nuestra novela, que le habia sucedido además en el favor de los marqueses de Mondéjar.

Era esta un pabellón casi aéreo, sostenido solo por las esquinas á las que apenas daban lugar dos estensos ajimeces, y la puerta de entrada. Las ligeras puertas, las aéreas columnas de los ajimeces, el oro y azul de sus paredes de filigrana y su mármoleo enlosado, se oscurecían y olvidaban al estasiarse los asombrados ojos en el Migrab (1) único en España, fuera del de la mezquita de Córdoba, cuyo techo estaba encajado de pinturas y microscópicos dibujos hechos al pincel; visto desde lejos, y abiertos los ajimeces y puertas, creese que lo va á

(1) *Mirab*. Nicho que hay en el testero de las mezquitas para indicar la posición geográfica de la Mekka: corresponde al altar mayor de nuestros templos.

llevar en sus alas el impulso de la mas delicada oleada del viento: tan aérea y ligera es su figura, tan atrevido el pensamiento que lo creó.

Ese prodigio del arte era la mezquita donde Xoraique, jefe de los Faquies de Granada, se retiraba á orar y á leer en el porvenir consultando el curso de los astrós.

En el año 43 se conservaba aun el edificio; pero mutilado y casi destruido, sus paredes ahumadas ocultaban las esculturas prolijas bajo una inmensa capa de cal, los ajimeces estaban tapiados y abierta una puerta en el Migrab. El amor prodigo del arte lo ha reedificado cuidadosamente, y hoy el viajero admirado, puede contemplarle tal como estaba en el siglo XV (1).

Astasio entró en su habitacion, devorado por la fiebre del dolor: aquella noche, al escuchar las palabras del veinticuatro, habia conocido que el desventurado y humilde escudero, sin otra fortuna ni porvenir que su espada y su nombre, sin recuerdos, cuya fama no traspasaba apenas mas allá de su vida, amaba con todo el poder de su corazón á Doña María, á la compañera de su infancia, á la hija de sus nobles señores. ¡El habia sentido pasar esa gran desgracia ante sí, sin poder combatirla, el latido inmenso de ese amor sin esperanza! y á esa muger, condicion precisa de su vida prometida, á otro de quien no podia arrebatarla. El infeliz jóven estuvo á punto de caer en el suelo casi desmayado.

En nuestros tiempos un enamorado como Astasio, á quien sobraba valor personal, habria retado á su contrario; pero es necesario recordar que él era nada mas que escudero de las cien lanzas de Tendilla, D. Diego Monte veinticuatro de Granada; y que estamos refiriendo á nuestros lectores una historia del siglo XVI y no del siglo XIX.

Astasio abrió un ajimez que daba á un barranco profundo en el que bramaba un torrente... La luna entre nubes alumbró su faz sombría...

Casi á sus pies abrióse con cuidado una rampa, y la cabeza blanca y venerable de un anciano asomó cuidadosamente por ella... Sus ojos, que no habian podido apagar los años, adquirieron un tinte de suave dulzura, solo comparable al amor paternal, al contemplar á nuestro amigo... Despues una tristeza sombría y recelosa se apoderó de él al notar que este tenia los ojos inundados de lágrimas.

Astasio sacó el cuerpo casi fuera del ajimez con resolucion inmutablemente fria... estaba suspendido en el abismo... un momento mas, y su mutilado cuerpo seria arrastrado por el torrente que con rumor sordo se precipitaba.

De pronto sintióse detenido bruscamente, volvióse con precipitación, recorrió la estancia con cuidado escrupuloso, y estaba completamente vacía... requirió las puertas y se hallaban fuertemente cerradas...

Al principio lo atribuyó todo al calor de su fantasía, á la calentura que le devoraba... despues pensó si serian ciertos los rumores que corrían entre el vulgo, ganoso siempre de habilitar, acerca de la viciosa y relajada vida de D. Diego, que tal vez haria infeliz á Doña María, á la querida de su alma, y la Providencia le avisaba por ese medio insólito que conservase sus dias para velar por su felicidad amenazada.

Entonces echóse el tabardo sobre los hombros, calose un ancho sombrero, y cogiendo la espada, salió á la calle, y á espaldas de San Francisco, llamó fuertemente á una casa de apariencia modesta.

—¿Quién es? preguntó una voz bronca.

—Sancho, soy yo, tu amigo Astasio.

A lo lejos se distinguía una forma blanca oculta con precaucion que espiaba á nuestro héroe.

La puerta se abrió.

—Voto á mi patron Santiago, dijo Sancho abrazándole cariñosamente, ¿qué quieres de mí, amigo Astasio? Se ha sublevado el Albaicin? Buena la vamos á tener! Ha llegado al fin nuestra hora? Las cogullas dejarán abierto el campo á las espadas... Guerra leal y noble!

—Nada menos que eso, Sancho, dijo Astasio inclinándose á él y hablándole con voz imperceptible y rápida.

Sancho Camargo le interrumpia con marcadas señales de desaprobacion y de estrañeza.

—Diablo! dijo así que aquel hubo concluido. ¿Y para eso me llamas? ¿Quieres que te acompañe á consultar ese maldecido nigromante?

Ambos entraron en la habitacion de Sancho: despues de un rato salieron, pasaron la puerta de hierro y dirigieron sus pasos hacia el Albaicin.

A lo lejos lo seguía con precaucion el hombre del blanco ropaje!...

(Continuará.)

D. MANOLITO EL FILÁNTRORO.

(Conclusion.)

—Pues nada, decidete sino por la de las leyes. Por el tiempo se halla en esta el mismo inconveniente que en la de medicina, pero tiene un campo mas vasto para un gran talento. Si por espacio de siete años se halla comprimido, contenido, solo á ir y venir á la universidad, perdiendo en ella dos horas todos los dias, que podia aprovechar muy útilmente, retirado con sus libros en su bufete, tambien en cambio te haces notable entre todos tus compañeros, dándote á conocer á tus discípulos y á tus catedráticos. Es verdad que esto es hijo de la casualidad, porque podrá suceder, como sucede muy frecuentemente, que estes yendo y viniendo, sin que nadie sepa á qué altura se hallan tus conocimientos; con facilidad se puede evitar este inconveniente, si tienes la fortuna de ser recomendado por algun grande ó alguna persona de mucha

(1) Habiendo llegado á esta ciudad en el año 43 el Esmo. señor D. Francisco del Acebal y Arratia, lo acompañó en sus visitas á las curiosidades de Granada el señor D. Nicolás Peñalver, tan apreciable por su distinguido talento como por su bondadoso carácter. El señor de Peñalver llevó al viajero á la mezquita que servia entonces de vivienda á una pobre familia. El señor Arratia quiso comprarla, y cumplido su deseo, encomendó la restauracion de esta preciosa antigüedad al señor Peñalver.

Aprovechamos con placer esta ocasion para dirigir nuestros pobres elogios al señor de Arratia y al señor Peñalver: al primero que solo por amor al arte gastó su dinero lejos del pais donde vive, lo cual en España es casi una *escentricidad inglesa*, y al segundo, á quien el autor de esta obra debe una deuda inmensa, aunque lejana, de gratitud de los primeros años de su adolescencia.

valia en la sociedad, porque los catedráticos no son amigos ni atienden por consiguiente mas recomendaciones que las de los magnates y hombres que tienen presente ó porvenir muy lisonjero. Como no hay regla sin escepcion, bueno será confesar, en honor de la verdad, que hay pocas pero honrosas escepciones en esta regla. Si catedráticos muy dignos del delicado puesto que ocupan tienen la rara virtud de ser completamente independientes, sabiendo apreciar y premiar la inteligencia, la aplicacion y la verdadera ciencia, sin que se incline la balanza de la justicia mas que al lado del saber y del mérito; en cambio, y es lo general, nuestras universidades están adoleciendo del vicio contrario y causa lástima ver muchos jóvenes de talento poco común y aplicacion estremada, ser postergados en sus notas, en sus atenciones y en sus premios, á otros que solo tienen la cualidad de haber nacido entre ricos pañales, ó haber sido saludados con un título desde la cuna. Aunque al simple aspecto parece de poco valor que seas mas ó menos conocido en cátedra, que saques mejor ó peor nota, no siendo la de réprobo, pues que la ciencia no se aumenta con la nota, puede haber sin embargo notable diferencia para el porvenir de un jóven, y de un jóven pobre mucho mas. Hoy que son tan necesarias las notas de sobresaliente para los grados, puede originar grandes perjuicios la carencia de semejante nota. Como cada ministro haciendo alarde de *modestia* y de invencion quiere hacernos ver que su talento es muy superior al de su antecesor, y por consecuencia muy capaz de dar un plan de estudios mas perfecto que el existente, de ahí es que salen á luz tantos planes, cuantos son los ministros de Instruccion que se suceden. Las universidades no son hoy mas que un centro de vagancia y de charlataneria, donde sacan mas partido los que mas cortesias hacen y saludan mas humildes con su sombrero en la mano, reflejo vivo y exacto de los grandes defectos de todas las constituciones modernas, y parte de esa gran unidad ficticia, que parece asombrar al mundo, y es como una bola de nieve, que por grande que sea no puede resistir al menor rayo del sol. Oyentes y predicador, maestro y discípulos, ¿dónde está vuestra dignidad y vuestra noble altivez, que el día que entráis dos minutos despues de pasar lista, os llegais humildemente á vuestro jefe, y con una reverencia ridícula vais á decirle: «Mi capitán, hágame V. el favor de quitarme las rayas?» ¿Qué dejais pues para un quinto, para un recluta, cuando no ha estado presente, para decir «V. mande, mi coronel?» Lástima me da ver tan poco aprecio de sí mismo, y de tan poco valor personal. ¿Qué! ¿se educaban así los antiguos griegos y romanos? Los Isócrates, los Demóstenes, los alivos Temístocles y Timones, los Catones y los Julios, ¿recibian y daban así sus lecciones, procurando arrancar de la juventud la savia mas alimenticia y provechosa, la que mas vida y mas honor les daba? ¿Qué hombres hubieran salido de los famosos pórticos de Atenas y Lacedemonia, de las cátedras de Roma, Babilonia, etc., y cómo hubieran defendido su patria y elevádola al mas alto grado de saber, de cultura y de poder, por medio de su ciencia, de su intrepidez en la tribuna, de su arrojo en el campo de batalla, que cada soldado era un héroe, si desde jóvenes les hubieran acostumbrado, por carecer de favor y de proteccion, á pedir dispensas con el sombrero en la mano por el simple retraso de un segundo? Esto no indica respeto, no, no hay que confundir una cosa con otra: yo ignorante quito con mas gusto mi sombrero á un sabio y le hago una reverencia con mas placer que á un emperador; pero si por medio de ridiculeces y de mezquindades hiriera mi dignidad, acaso me atreveria á decirle que tuviera un poco mas de respeto á un semejante suyo, aunque en los talentos no lo fuera. La ciencia no da el privilegio de mirar á los demás hombres como á salvajes ó como á seres de otra especie. Que dejen como en Grecia y Roma la asistencia á cátedra y á oír las esplicaciones de los maestros, á la espontaneidad de los discípulos, que no pasen lista como á quintos, y se verá que llenas estarán nuestras aulas. ¿Con qué valentia han de ir mañana á los escaños de un congreso á defender los intereses de su patria, hombres que están acostumbrados á lisonjear á sus directores? Entiende sin embargo, y esta escepcion ya la he hecho antes, que hay catedráticos muy dignos, á quienes yo saludo y quito el sombrero con el respeto que á un segundo padre; pero estos son muy contados y se hallan mezclados con una multitud de ignorantes á quienes veo que todos dispensan las mismas atenciones que á unos sabios. Vergüenza da ver á mozos de veinte y tantos años posturarse á los pies de un falso ídolo á decir: «Señor, pequé; pero no me ponga V. falta.» A esa edad regian ya un mundo Napoleon y Alejandro; y Pit y otros grandes hombres los destinos de grandes naciones. Y sin embargo, esos jóvenes pueden tener tanta ciencia como los que estan considerados como sus maestros. Cuidado que no proclamo la irreverencia y el orgullo, no, quiero que tengan mas dignidad y mas decoro, quiero que tengan en mas el valor de sí mismos, quiero que se aprecie el mérito donde le hay, bien se halle en un hombre de veinte años, bien en uno de sesenta; quiero que respete la juventud á las canas, como lo hacian tambien los antiguos griegos; pero, repito, que esto sea sin rebajarse y con decoro; quiero que se respete al saber, quiero que se aprecie á los catedráticos. Si el gobierno no monopolizara la enseñanza, es decir, si para obtener el título de abogado, por ejemplo, no se obligara á los jóvenes á asistir á la universidad tantos ó cuantos años, ni á pagar tanto ó cuanto de matrícula, ni á estudiar por tal ó cual autor, sino á sufrir un exámen rigurosísimo, hecho por jueces severos, rectos é imparciales, que versara sobre las materias relativas á la facultad, publicadas en un programa, se veria triplicado el número de nuestros grandes hombres y de nuestros sabios. Así no habria necesidad de saber si habia pagado las matriculas, si tenia mas ó menos faltas en la asistencia á la universidad, si habia estudiado por este ó por el otro autor, etc. Se veria solo á la altura que se hallaban sus conocimientos, qué profundidad y qué lucidez habia en sus ideas, y si se hallaba apto ó no para recibir el título; de este modo es bien seguro que los resultados serian mucho mejores, mas seguros y mas satisfactorios para todos los ciudadanos. Puede decirse que de las universidades han salido hombres que han honrado á la humanidad, ilustrado al mundo, como puede atestiguarlo Salamanca y Alcalá; pero con esto no se dice nada, seria lo mismo que repetir y deplorar la falta de las congregaciones jesuíticas por los muchos hombres gran-

des que produjeron; repito que á nada conduce, puesto que lo mismo se hubieran dado á conocer, multiplicándose en cambio los que segun mi método habrian sido saludados como sabios.

Son inmensos los perjuicios que resultan de obligar á los jóvenes á que concluyan todos al mismo tiempo, que la aplicacion vaya al mismo paso que la holgazaneria, que los talentos privilegiados caminen á la par de la estupidez y la ignorancia; quiero tambien darte á conocer que el monopolio, lo mismo en las ciencias que en las artes, lo mismo en los muebles que en los inmuebles, siempre es perjudicial, y siempre da resultados contrarios á los que uno se propone. Se me dirá que aquí no hay monopolio; pero pregunto yo, ¿puede haber un abogado, un médico, un boticario, un cirujano, hasta un alférez, sin haber cursado los años correspondientes, sin recibir el título del gobierno de S. M., esto aun cuando con un talento superior, y haya sido capaz, efecto de su aplicacion, de estar perfectamente versado en dos años, en todas las materias correspondientes á los siete?

—No señor.

Y si entre la clase pobre se presenta un fenómeno, una de esas cabezas singularmente privilegiadas, pero que oscurecidas en el centro de un miserable pueblo de aldea y careciendo de lo necesario para sostenerse y pagar matrícula y comprar mil libros que exigen los reglamentos y mandan los cafedráticos; pregunto yo: este talento, esta inteligencia suprema, que podía elevarse á los primeros grados del saber y honrar á la humanidad, siendo ó un Hipócrates, un Pascal ó un Kant, un Plinio un Berceus, ¿podria seguir una carrera sino tenía ni para matriculas, ni para grados, ni para los libros que exigen los reglamentos? porque al fin, si no por estos, podría uno gobernarse con los que mejor le pareciera, con tal que el resultado fuera el mismo. Se me dirá: el gobierno lleno de prevision ha mandado que haya grados gratis para los chicos aplicados que son pobres. Es verdad, pero esto considerado como un premio se adjudica solo á uno, y ¿quién me dice á mí que en una universidad, por ejemplo como la de Madrid, en que se matricula en cada año ciento treinta, y mas aun en algunas cátedras, no hay mas que un chico pobre y aplicado á quien poder adjudicar con justicia semejante premio? Además que caso que así fuera, eso mismo probaria se estaban sufriendo los inconvenientes de tan monstruoso método. Si no hubiera tantas trabas para la enseñanza, muchos seres privilegiados, pero pobres, que se ven hoy en algunos pueblos de aldeas, se hallarian llamando la atencion de una universidad, y conquistando el aprecio y admiracion de los estudiantes y cafedráticos, como un preludio de que esta admiracion se haria mañana estensiva á la nacion ó al mundo entero. Bien sé que facilitando demasiado la enseñanza perderian mucho las artes y la agricultura, por ese prurito que se ha despertado hasta en la clase ínfima en dar carrera á un hijo con solo haber hecho cuatro reales vendiendo telas ó curtidos ó jabon etc., sin consultar si tiene ó no la disposicion necesaria para el estudio; pero esto se evita ejerciendo solo una inspeccion sabia y prudente, dejando al cuidado de cada uno la eleccion de libros, sin marcar el número de años, sino estableciendo tribunales de exámenes, anualmente ó de cierto en cierto tiempo, y aquel que fuera apto, expedirle el título, aunque haya estado toda su vida metido en una cabana.

—Pues segun eso, ¿á qué me dedico, qué plan le parece á V. que adopte, qué método sigo, cómo llevaré á cabo el objeto que me propongo?

—Soy de parecer que te quedes en tu casa, que adquieras buenos libros, que estudies mucho, y si el logro de estos te parece un poco difícil y no puedes consultarlos tampoco por no haber biblioteca en tu pueblo, ahí está la mia, elige los que mejor te parezcan, y luego que no les creas necesarios, devuélvelos. Es poco voluminosa, pero escogida: he ido arrancando las hojas que mejor escritas me parecian, las que tenían pensamientos mas sublimes é imágenes mas bellas, y lo demás lo he abandonado como una cosa que para nada vale y para nada me podía servir; creo esto preferible á tener millares de volúmenes y necesitar un salón crecidísimo para ellos. No soy yo el primero que optó por este método. Sea ó no censurable, le sigo, porque me parece el mas cómodo y el mejor.

—Doy á V. las gracias, y será un nuevo favor que tengo que añadir al catálogo de los infinitos que debo á V. Acepto pues, ya que á ello me obliga la necesidad, el amor al público y el deseo de saber. Sin embargo, si á V. le parece voy á elegir los que traten de política, de diplomacia; voy á dedicarme á esta ciencia, puesto que no es necesario para ello asistir á la universidad y pagar matriculas, ni estar sujeto á plan de ninguna clase mas que el que uno quiera imponerse: deseo leer las historias de las revoluciones, ver aquí las personas, comprender su carácter, sus instituciones, sus doctrinas, examinar la aplicacion que pueden tener en mi país, para de este estudio deducir yo y poner en práctica las teorías que me parezcan mejores y de mas útiles resultados.

Tambien desearia que me remitiera los periódicos despues de leídos por V.: creo que me sea provechoso observar sus cuestiones, su objeto, sus tendencias: estudiar su método de vida, sus planes de campaña, sus maniobras, sus combates, sus emboscadas: contemplar su crudeza en la pelea, su generosidad en la victoria: ver si se tratan como salvajes ó como hombres civilizados: en fin, sacar consecuencias de su constitucion, para yo decidirme por los principios que mas sabios me parezcan. Como les supongo llenos de vida y de animacion, y creo que tengan la libertad suficiente para respirar, para dar todo el ensanche que quieran á sus pulmones, y vivir con los mismos derechos, las mismas libertades, las mismas garantías, dando por supuesto que la lucha será igual, y que si á uno se le concede el derecho de sacar á la palestra toda clase de armas lícitas, no se le nieguen al otro; si uno sale al combate adornado de armas brillantes con temple finísimo, y armado con casco y coraza, no se le negará al contrario la libertad de elegir las que mejor le parezcan para su defensa. La guerra del periodismo es una imagen viva de la guerra de sable y fusil: como en ella hay luchas personales de cuerpo á cuerpo, hay combates, hay batallas decisivas, hay emboscadas, hay asaltos, hay traiciones, hay golpes de estado, hay defeciones, destituciones, hay tambien generales, brigadieres coroneles, capitanes, alféreces, sargentos, cabos; tampoco les faltan espías, ni trompetas, ni tambores; en fin, un cuerpo

idénticamente constituido que el de guerra. El periodista es la cabeza de la nacion, el militar los brazos, y cuerpo y piés el pueblo, comprendiendo así aristocracia y democracia.

—Se conoce que eres joven, que como tal tienes ilusiones, que no conoces el mundo, ni menos á los que su buena ó mala fortuna ha colocado en los primeros puestos de sus respectivas naciones. Por puro patriotismo, por amor á sus semejantes, pudiera decirse con verdad que nadie reina ni gobierna; pero como yo no me atrevo á tanto, me escudaré con la maxima sabida de no hay regla sin excepcion, con esto todo el mundo se creará fuera de esta alusion. Los gobiernos, á imitacion de los antiguos señores feudales, que tenían el derecho de vida y muerte sobre los colonos de cierto territorio, y que mandaban colgar en los fosos de sus castillos á aquellos que se atrevian á importunarlos cuando muéltamente tendidos se hallaban descansando de las arbitrariedades del dia anterior; se abrogan tambien el poder de castigar (no me atrevo á mas) á aquellos que tienen la osadia y la audacia de recordarle sus deberes, y de clamar como es justo por la defensa de sus derechos mas santos y mas sagrados.

—Si; pero hoy ya no hay lugar á esos temores: tenemos una constitucion que nivela los derechos de todos los ciudadanos, que hace responsables á los ministros: y aquella igualdad y esta responsabilidad, junto con los periódicos áncoras de salvacion comun, sostenes del órden público, garantías de la constitucion y de la libertad, son las rémoras que los detienen, y por consiguiente no se atreverán á entregarse á la arbitrariedad por temor de ser censurados muy amargamente y desprestigiados por un poder tan grande y tan temible como es el periodismo, y cayendo por tierra con sus principios y sus instituciones.

—¡Ja, Ja!, me rio de tu candor y de tu inesperienza! ¿Pues qué no sabes que esos pomposos artículos de la constitucion son letras muertas? Me rio yo de la libertad de imprenta; es verdad que hay libertad para censurar los hechos de todos, menos los de los ministros, los consejeros, los capitanes generales, los gobernadores, y todos, todos los empleados, con sus ascendientes, descendientes y colaterales hasta el décimo grado, incluso los amigos de sus mugeres, porque á estos sobre todos no hay que tocarlos. Si las ilegalidades de toda esta santa congregacion llegan hasta el infinito, calla, pues, y sufre, no les irrites, no sea que pongan en tus labios una mordaza, y todavia no se contenten con esto. Para los periódicos independientes, para esos que siendo muyceños de los derechos é intereses de sus conciudadanos, no vacilan entre dejar de existir y denunciar á la opinion pública los abusos de mil géneros que se cometen, para esos están reservados como recompensa el descanso en los sótanos de la Aduana, las multas impuestas por un tribunal establecido por aquellos mismos cuyos abusos se denuncian. Puedes deducir por esto que imparcial y que justo será semejante tribunal.

—Segun eso, carecemos de libertad para manifestar con franqueza nuestras opiniones, carecemos del derecho de quejarnos, caso que nos creamos ofendidos en nuestras personas ó en nuestros mas caros intereses!

—Claro que sí; y como he dicho, no te queda mas recurso que sufrir y callar, á no ser que seas empleado, pariente ó amigo de alguno de los ministros, que en este caso, aunque tus acusaciones no sean de las mas justas, es bastante para que te se conceda un duplo de lo que pides.

—Pero me choca mucho que habiendo parlamentos puedan existir ministerios de esa clase, porque es bien sabido que estos no pueden vivir sin tener mayoría de votos en aquellos, y no concibo cómo un ministerio que comete anomalías de todo género y arbitrariedades de toda clase, cuente con el apoyo suficiente en las Cortes.

—Pues nada mas cierto que eso; las elecciones son hechas á gusto de ellos; y como no hay libertad para emitir su voto, puesto que la mayor parte de ellos son empleados, y les ponen en la alternativa de dar su voto á un candidato del gobierno ó perder un destino, claro está que los que no tienen mas que su sueldo para vivir, no se hallarán perplejos mucho tiempo. A esto se agrega el que la ley electoral escluye de la facultad de votar á todos los que no tienen la renta suficiente que ha establecido el gobierno para poder hacerlo, viéndose tambien en esto la arbitrariedad, pues se valen de argucias de muy mal género y de mil abusos para quitar el voto á muchos que pasan de la cuota asignada, pero cuyas opiniones están consideradas como contrarias al gobierno, concediéndole en cambio á otras que no llegan con mucho á la cantidad señalada, teniendo tambien otras incompatibilidades, pero que son admitidos porque les son favorables.

—Mucho me temo que el espíritu de partido no obligue á V. á ser injusto. Yo creo que esas ilegalidades, esas infracciones de los mas santos principios, esas vejaciones, esos atropellamientos y esos actos arbitrarios y neronianos de que se quejan todos los periódicos liberales y los hombres que vienen de las ciudades, no sucedan mas que en los puntos donde ejerciendo los gobernadores y el ministerio una inspeccion minuciosa y dictatorial sobre los alcaldes, les obligan á comportarse de ese modo para que la eleccion no sea dudosa y triunfe el candidato ministerial; pero en las aldeas, en nuestros pueblos, donde todavia no han cundido la division de los partidos políticos, ni los males que á ella son consiguientes; en nuestros pueblos donde la mejor y mas rica herencia que nuestros padres nos legaron son la probidad y la honradez, la tolerancia en las opiniones y principios que profese este ó el otro particular; el respeto que mutuamente se deben y se profesan todos, en estos pueblos donde la opinion señala el puesto de alcalde á personas justamente apreciadas como provias, tolerantes é independientes; aquí donde los alcaldes ocupan una buena posicion y no necesitan la proteccion del gobierno para vivir; aquí donde la honradez y la veracidad les obligaria á perder mil veces el baston de autoridad antes que consentir una ilegalidad, antes que sancionar un abuso, antes que cometer un atropello; aquí es imposible que haya cundido el espíritu de partido hasta el estremo de volver ciegos é injustos, hasta el estremo de apostatar de los santos principios y bellós sentimientos que sus padres les inspiraron; no, la contagiosa peste de las divisiones políticas no ha llegado hasta aquí por fortuna nuestra, y debemos vanagloriarnos de ser aldeanos, solo por poder proclamar á la luz del sol, y en voz alta, que nuestros corazones y el de nuestros alcaldes se hallan libres de influjo tan pernicioso, de peste tan terrible,

que nos conduciria irremisiblemente á la arbitrariedad, al abuso, al odio y á los malos efectos que son consiguientes á las fracciones, á las divisiones, y á la proclamacion de distintos principios y de diversas ideas.

—Vaya, voy viendo que efecto de tu candor y de tu buena fé, olvidas pronto los hechos que tienen lugar en tu pueblo, y las cualidades de los señores alcaldes que les rigen; ¿pues qué no sales que efecto del monstruoso sistema de centralizacion, el gobierno ejerce una inspeccion minuciosa y un dominio supremo, absoluto, hasta sobre el alcalde del pueblo mas miserable, hasta en sus hechos mas insignificantes, y que este no hace ninguna cosa, no da ninguna disposicion sin consultar con el gobernador, y este con el ministro, y que aquellos por un exceso de servilismo muy criminal, llevan sus actos y sus disposiciones por complacer á estos señores, mucho mas allá de lo que estos se atreverian á exigir? ¿Qué! ¿no tienes presente la arbitrariedad é injusticia del alcalde de tu pueblo, cometida en las elecciones del año 50 con un joven abogado, que entonces era secretario escrutador, y que hoy es uno de los jóvenes de mas capacidad de todos los de la provincia, y acaso su mas rico tesoro, cabeza privilegiada, raro talento, y que como el sol, no aguarda mas que ciertas nubes se despejen del horizonte político, para difundir sobre la tierra con entera libertad, la hidalguia de sus principios, la santidad de sus doctrinas y la brillante luz de sus sublimes concepciones? Y para que tus ilusiones caigan por tierra completamente, será bueno advertirte, que dicho alcalde tiene los suficientes intereses y las suficientes rentas para conservar una posicion independiente, para presidir una mesa con decoro é imparcialidad, para mostrarse digno de los loables principios que antes decias nos legaron nuestros padres, para perder la vara de alcalde antes que cometer un abuso; pero, amigo, hoy dia está tan maleada la sociedad, se halla tan corrompida, que tanto en las ciudades y en las villas como en las aldeas, no se ve mas que servilismo puro, arbitrariedades y vejaciones, y mil abusos que los llevan al estremo, creyendo que de este modo agradan mas á sus jefes y adquieren mas méritos: si necesitan el destino para vivir, ó creen indispensable un servicio para mañana subir dos escalones mas, cometen injusticias; si por su riqueza y buena posicion, como el dicho alcalde, no necesitan mas que honores; si ocupan destinos de categoria para favorecer á sus parientes, y presentarse orgullosos al público con el brillo que da de sí el baston de autoridad, se entregan tambien á los excesos de sus caprichos y de sus tropelías, creyendo de este modo complacer mas, adulando bajamente á los primeros jefes del estado despues del soberano. Por consecuencia, esa probidad, esa honradez y ese desinterés que tú buscas, se marcharon con nuestros padres, pertenecen á la historia, á no ser que nos les manden con la vuelta del partido político mas justo, mas liberal y mas conforme con las santas doctrinas de Jesucristo.

Pues ahora mas que nunca es cuando yo deseo dedicarme á la política, y confiando en Dios, en mi decision, en mi saber y en mi constancia, espero contribuir á mejorar las instituciones de mi país.

Vi cruzar un gesto de desconfianza y de incredulidad por el rostro de D. Francisco, y me retiré reflexionando sobre las buenas intenciones, y la mezcla de ciencia y del poco conocimiento de mundo que habia en D. Manolito, no olvidando su exceso de amor propio; y me halló esperando el dia de la redencion; para entonces, caros lectores, que por fortuna tendremos mas libertad, juzgar la rectitud de intenciones y el profundo saber de nuestro D. Manolito.

Hasta entonces se despide vuestro. etc.

LEON V. BUSTAMANTE.

CARTAS A UN HOMBRE.

CONSUELO.

Yo tambien estoy solo, absolutamente solo; pero no se fijan mis ojos en el minuterio de un reloj, espiando los pasos del tiempo, ni da el de un convento de monjas la una: esa hora fatídica de la noche que creen los espíritus débiles la de los espíritus malignos. Sé que son las doce del dia, porque el sol media su carrera y caen sus torrentes de luz sobre las montañas de hielo, que se trasforman en gigantes moles de topacio. En torno mio revolotean mariposas de gayos colores: si una de ellas me diera sus alas, volaria hasta tí para conocerte y contemplarte, porque ni puede mi voz cruzar los espacios, ni mi mirada romper las sombras de la noche. Solo la voz de Dios retumba en todos los ámbitos de la tierra, eco del trueno que arrastra el embravecido huracan; solo la ardiente mirada de Dios cruza de polo á polo, derramando la luz del rayo.

Quisiera llegar hasta tí para fortalecerte y consolarte, por que son ayes tus palabras que llegan á mi oído partiendo del fondo de tu corazon. ¿Por qué está tu frente marchita? ¿Por qué están tus ojos apagados? ¿Por qué tu pobre corazon quiere estallar dentro del pecho? Me has entristecido trazándome el lúgubre cuadro de tu angustia, que apenas comprendo; y se marchita mi alegría al contacto de tu dolor, como se marchita una rosa al contacto de vil oruga. Yo he pensado muchas veces; he visto tu rostro como tú has imaginado el mio, y siempre he puesto la inspiracion en tu frente altiva y despejada, en tus ojos grandes y radiantes. He creído siempre que tu corazon debía latir apresurado como el de Alejandro en Arbelá, como el de César en Farsalia, como el de Pindaro en los certámenes olímpicos; pero nunca lo he juzgado oprimido. O me engañó mi presentimiento, ó ahora me engañan tus palabras... Pero no, ni me engañó mi presentimiento ni ahora me engañan tus palabras; yo te he visto tal cual eres aisladamente; tú te juzgas fija la vista sobre tu posicion en el mundo.

Ni me has visto, ni me has oído, ni has respirado en una atmósfera formada por mi aliento; pero no te alijas por ello, me has adivinado, que es mucho mejor. Ese trono de rizadas espumas que has puesto á mis plantas, es la blanca alfombra que se pisa en la mansion en que yo habito; la cándida túnica que me has dado, es el símbolo de mi pureza, mas limpia que el claro cristal que sacó la vara de Moisés de la dura roca del desierto; y el velo de gasa de plata tendido sobre mi rostro hermoso, la expresion poética de mi modestia y mi candor. Me estoy pintando tal cual soy. No sé si esta casta franqueza pasará en tu mundo por pretenciosa vanidad; pero en el mundo en que yo habito se rinde culto á la verdad, y estoy obliga-

da á decirlo, lo mismo en pró que en contra mia. Para decir la verdad siempre, debo darte una buena nueva, que lisonjeará un tanto tu orgullo de adivino. Tengo ojos negros y rasgados; y cuando me miro en una fuente, observo que sonrien mis labios como el bullicioso cristal. Si algun dia te acercas á mí, te dirigiré una de mis mas dulces miradas, una de mis mas halagüeñas sonrisas.

Quizás tienes razon en decir que me has oido en el Paraíso Terrenal, porque en la region en donde moro reina la paz, y en donde reina la paz se encuentra un verdadero paraíso. Pero no hay cascadas de rubíes, ni torrentes de perlas, ni prados de esmeraldas. Hay cascadas de ardiente fé, torrentes de amor que se estienden sobre prados de alegres esperanzas. No penden arpas de coral de mis floridas acacias rosas; pero hay grutas de agua cuajada que repiten la voz humana, los murmurios de los arroyos y los trinos de los ruiseñores, modulándolas hasta lo infinito; y habrás oido mi voz, porque dirijo á Dios mis plegarias, cantando como los pájaros y los torrentes. Si has visto con los ojos del alma la deliciosa mansion de tu ANGEL, si la comprendes tal cual es, no extraño que suspires por ella, porque sobre hermosas cascadas de ardiente fé, se precipitan torrentes de amor, que se estienden por floridos campos de esperanzas.

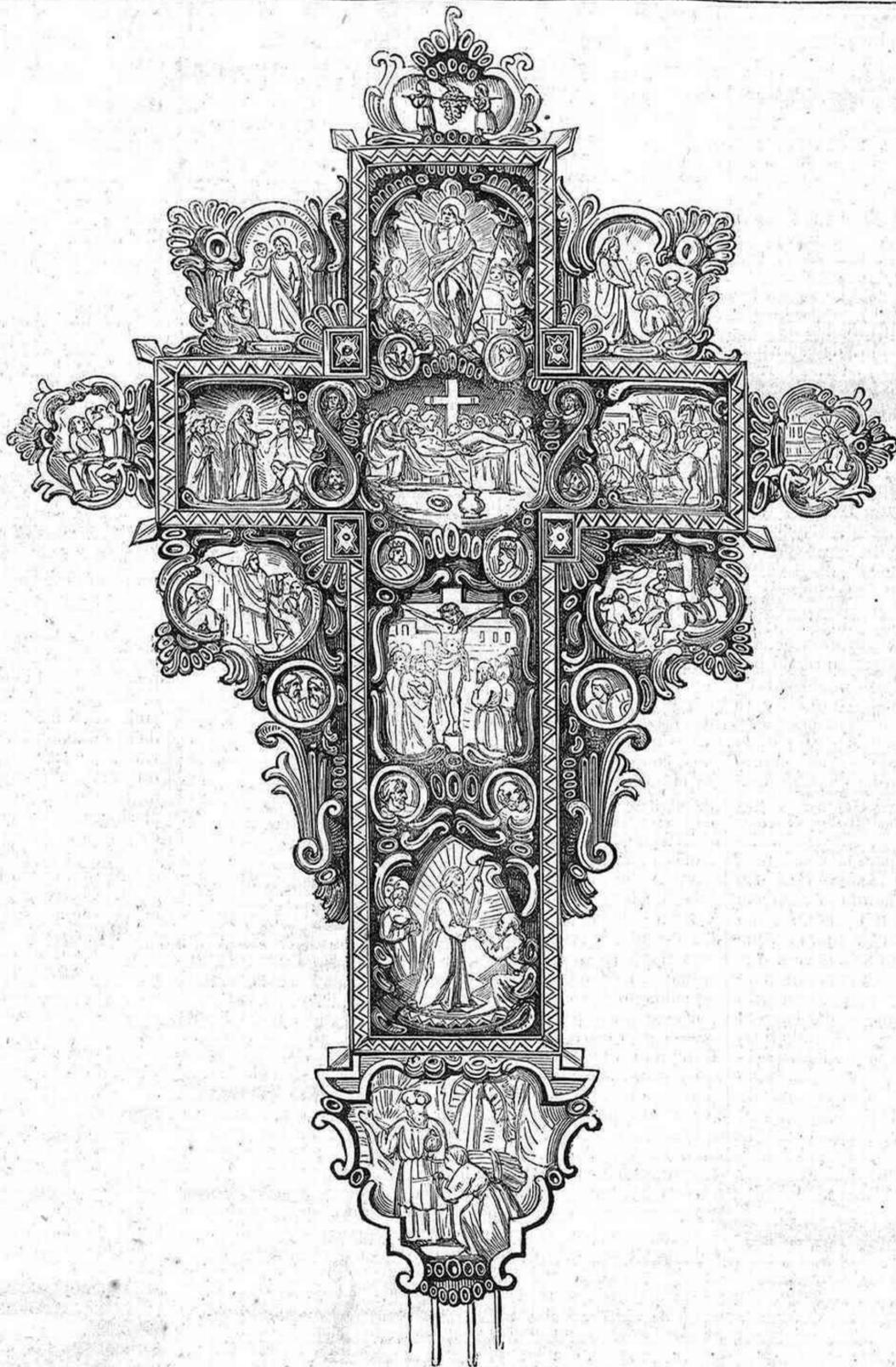
Tú no has respirado mi aliento; ningún mortal lo ha respirado, y es tan puro como el ambiente en que se pierde. En el delirio de tu fiebre, amontonas rosas y azucenas, formas una atmósfera que embriaga, atmósfera en que yo no he vivido nunca, y añades que yo te produje una singular embriaguez. Yo no sé lo que es embriaguez; pero sí puedo asegurarte que si mi aliento llegara hasta tí, sería para vivificarte; para enardecerte, jamás. No has estado nunca á mi lado, y por lo tanto no ha podido enjugar mi mano el copioso sudor de tu frente, ni ensortijar tu cabellera; pero puedes estar seguro de que hubiera enjugado mi mano el sudor de tu frente, y ensortijado tus cabellos. Si hay en tu mundo madres y esposas, habrás visto que las madres limpian el sudor de sus hijos dormidos, y juegan con sus cabellos; habrás visto que las esposas hacen lo mismo que las madres.

No sé por qué me han producido algunas de tus palabras una impresion desagradable, dolorosa; quizás tú mismo me lo esplicarás mas adelante. Oh! aquí tengo la esplicacion. Me dices que en el mundo sólo existen hombres sin fé y mugeres sin corazon. Esto equivale á decir que en el mundo no existen hombres ni mugeres. Permíteme ahora una pregunta: ¿Tienes fé? No te atreves á responderme, porque, si me respondes afirmativamente te contradices, y si negativamente, temes hacerte despreciable. Un momento despues me preguntas:

¿por qué el hombre no cree? ¿por qué la muger no ama?... No quieres que yo te explique este misterio, sin duda porque temes que mi esplicacion te cause espanto; pero yo creo que debo decirte cuanto comprendo y adivino. El hombre no cree, porque la muger no ama; la muger no ama, porque el hombre no cree. Da fé al hombre, y hallarás amor en la muger; da amor á la muger, y encontrarás fé en el hombre; rompe una sola vez este fatal círculo de hierro, y será tu mundo cómo el mio, un mundo de fé, esperanza y amor.

En medio de tantos ensueños, tantos dolores morales, la aguja de tu reloj, marcando una hora mas, te recuerda que han caido algunos granos del reloj de arena de tu vida. De improviso presenta su faz descarnada la idea de la muerte: triste idea, segun tu opinion, para los dichosos; agradable idea para los desgraciados. La idea de la muerte es muy triste: segun mi opinion, para el criminal; muy agradable para el justo. Tú piensas en la muerte sin palidecer ni temblar, y piensas en ella en la soledad y el silencio de la media noche; algo grande, algo noble, algo bueno debe encerrar esa alma que quieres desdoblar ante mis ojos; porque el criminal siempre tiembla al aproximarse á su juez, y el inocente espera el fallo con faz serena y frente altiva. Todos salimos de la nada, pero no volvemos á la nada, que entramos en la eternidad. Vuelve á la nada la materia, vil escoria que desecha el oro, entra en la eternidad el espíritu, esa garza real de hermosas plumas que se remonta á un mundo en donde no hay halcones que la persigan, y el rayo se forja á sus piés.

Confundes, en tu desvario, las ideas de mi hermosura y de tu mente, y quieres averiguar la causa de esta incomprensible amalgama. Preguntas si consistirá en que los placeres ideales, si llegaran á realizarse, sólo podrían durar un segundo; y si estará la perfectibilidad de la vida en el momento de la muerte. Yo apenas comprendo las preguntas que me diriges; pero creo que puede consistir la confusion de tus ideas, en



Cruz de plata cincelada.

que no estamos destinados á reunirnos en el mundo de la materia, en que debe verificarse nuestra union en el mundo de los espíritus, para que se identifiquen nuestras almas. Ese sentimiento, mitad humano, mitad divino, que te inspiro; esa adoracion, mitad divina, mitad humana, que me profesas, tendrán que fundirse; porque yo no puedo partir ese sentimiento multiforme, porque sólo despues que se haya divinizado la parte humana, nuestras dos divinidades podrán formar una unidad.

Pero en tanto que esto suceda, porque yo lo espero y lo ansío, y yo, que no soy ni hombre ni muger de tu mundo, tengo fé y amor para romper ese eterno círculo vicioso que forma la infelicidad humana; tú sufres horrorosamente, y yo quiero derramar sobre las heridas de tu alma el bálsamo de mis consuelos. Si pudiera instantáneamente sacarte del mundo de dudas y de engaños en que habitas, y traerte al mio, que es un mundo de fé y amor, yo lo haría con toda mi alma; pero

que este arte ha adelantado, no sólo en las naciones estrangeras; sino entre nosotros. Preciso es confesar, sin embargo, que los encuadernadores de París llevan grandes ventajas á todos los demás, y que á ellos se deben principalmente esas grandes mejoras introducidas en los adornos de los devocionarios, misales y otros libros de lujo.

CRUCES DE PLATA CINCELADA

Estas dos alhajas, destinadas para el adorno de un altar, son riquísimas por su valor. Respecto á su mérito artístico deja mucho que desear la finura de sus pormenores. Las figuras representan diversas escenas de la vida de Jesucristo, pero carecen de esa gravedad piadosa y santa, que por lo regular revelan todos los trabajos de esta clase: en una palabra, se ha procurado que hagan buen efecto; y su autor lo ha conseguido.

SABANILLA DE ALTAR PARA COMUNION.

Nadie ignora que el lujo de los templos protestantes no es grande, al contrario, nada iguala á la sencillez demasiado uniforme de esas iglesias de encina, que sólo tienen un púlpito y una mesa, en que se celebra la comunión. Lo único que se exceptua es la sabanilla que se coloca sobre la mesa de altar. Los mejores tejidos de lino de las fabricas inglesas se emplean el dia en que se reúnen los fieles para aquella ceremonia.

M. French, de Boston, es uno de los mas afamados fabricantes de tejidos, y sobresale en los ornamentos para los templos. El objeto que representa nuestro grabado es una muestra de su habilidad. El fondo lo forma el Cordero sin mancha, hácia el cual se inclinan dos ángeles. Párecenos sin embargo que los demás adornos no guardan armonía con el asunto principal, y que hay en el objeto una mezcla de sagrado y de profano, que siempre debe evitarse.



Sabanilla de altar para comunion.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PICTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.